



PERCONTARI

Año 3 • Nº 9 • Santa Cruz de la Sierra, Bolivia • mayo 2016



El poder

Revista del Colegio Abierto de Filosofía



Colegio Abierto de Filosofía

Percontari es una revista del Colegio Abierto de Filosofía.

Filosofar significa estar en camino. Sus preguntas son más esenciales que sus respuestas y toda respuesta se convierte en nueva pregunta.

Karl Theodor Jaspers

Dirección

Enrique Fernández García

Consejo Editorial

H. C. F. Mansilla

Roberto Barbery Anaya

Blas Aramayo Guerrero

Alejandro Ibáñez Murillo

Andrés Canseco Garvizu

Ilustración

Juan Carlos Porcel

Seguimiento editorial

Gente de Blanco ☺

DL: 8-3-39-14

Colaboran en este número

H. C. F. Mansilla

Alfonso Roca Suárez

Fernando Molina

Emilio Martínez Cardona

Juan Marcelo Columba Fernández

Gustavo Pinto Mosqueira

Carolina Pinckert Coimbra

Blas Aramayo Guerrero

Andrés Canseco Garvizu

Luis Christian Rivas Salazar

Christian Canedo

Mario Mercado Callaú

Roberto Barbery Anaya

María Claudia Salazar Oroza

facebook.com/
colegioabiertodefilosofia
revistapercontari@gmail.com
revistapercontari.blogspot.com

Con el apoyo de:



Instituto de Ciencia, Economía,
Educación y Salud



EDITORIAL

De la necesidad al riesgo

En un apunte de su *Diario filosófico*, escrito durante veintitrés años, Hannah Arendt explica que, aislado, el hombre es impotente. Conforme a esta idea, para el establecimiento del poder, sería imprescindible la relación con los demás, aunque sea tener una entre dos personas. Una vez constituido el vínculo, se presenta ese fenómeno que, sin duda, jamás será irrelevante. Sucede que, gracias a su ejercicio, las capacidades del individuo se multiplican, permitiendo una mejor satisfacción de nuestras necesidades. Es lo que hace posible la *organización*, concepto imprescindible para quienes desean una convivencia razonable. Huelga decir que, al exponer este panorama, se parte de una justificación consensuada, un marco aceptado tras deliberar al respecto, descartando imposiciones arbitrarias. Porque, aunque resulte indeseable, la fundamentación de ese orden, necesario para nuestros congéneres, puede tener otras características.

Es posible que un sujeto decida por otro, restringiendo sus alternativas o fulminándolas por completo, sin preocuparse de persuadirlo para ello. Esto puede darse desde un comienzo, recurriendo al uso más grosero de la fuerza, o después, valiéndose del asentimiento que se le había brindado cuando surgió el lazo entre ambos. Es importante resaltar que puede hilvanarse un alegato claro, coherente, aun metafísicamente denso, como pasó con Heidegger y el nazismo; sin embargo, esa legitimación racional procuraría encubrir algo más rudimentario: las ansias de oprimir. Por consiguiente, además de la lógica, el entendimiento del poder que se pide respetar, para lo cual se usan medios violentos, debe generar una reflexión ética. Librar de condiciones su empleo es un camino seguro al oprobio. En este sentido, toda pregunta sobre la obediencia es un mandato que demanda nuestro deseo de vivir sin ataduras infames.

Por supuesto, un tema como el del poder consiente más de una disquisición. No sorprende que, a lo largo de la historia del pensamiento, desde los sofistas hasta Habermas, por citar un caso contemporáneo, se hubiera explotado el asunto. En esta entrega, *Percontari* alberga textos que, considerando diferentes aspectos, aunque reflejando la importancia del ámbito político, procuran estimular su meditación acerca de tal concepto. Con seguridad, escrutar su vigencia en nuestra existencia es tan forzoso cuanto saludable. Si obráramos así, podríamos percatarnos de hallarnos en una situación que no cuenta con las bondades creídas hasta hoy. Es un logro que está en nuestras manos. La filosofía nos obsequia ese poder que descubre falsedades, pero también injusticias.

E. F. G.

El poder político, el surgimiento de las élites gobernantes y nuestra estructura psíquica

H. C. F. Mansilla

Probablemente no existe una constante antropológica que obligue de forma inevitable a los seres humanos a construir estructuras permanentes de control social y estratos dirigentes privilegiados en todos los ordenamientos sociales, incluidos los socialistas y populistas. Es casi inútil indagar por las causas últimas de esta evolución universal. En sus trabajos de investigación etnográfica, Pierre Clastres llegó a la conclusión de que los indígenas sudamericanos tupi-guaraníes habrían edificado un modelo de convivencia que premeditadamente renuncia a las jerarquías estables de mando y prestigio y a los mecanismos estatales de disciplinamiento y organización; los tupi-guaraníes habrían contrapuesto espontánea y exitosamente una sociedad libre a un Estado opresor¹. La realidad de estas etnias, sobre todo en el siglo XXI, es seguramente más prosaica y menos deslumbrante que lo imaginado por Clastres: hoy en día los tupi-guaraníes están sometidos a las coerciones de la modernidad, entre ellas la expansión del mercado y la existencia cotidiana influida por los medios contemporáneos de comunicación, las pautas de consumo masivo y el crecimiento incesante de los centros urbanos. Su modo de vida se halla en la actualidad muy alejado de los anhelos y las fantasías de los intelectuales.

Frente a esta constelación, signada por una caracterización demasiado optimista de la naturaleza humana, es conveniente hacer la siguiente reflexión. El reconocimiento de la índole *ambivalente* del Hombre podría significar un aporte —teórico y obviamente provisional— para entender mejor la complicada y persistente trama del poder político, que se manifiesta como tal por debajo del manto ideológico constituido por ilusiones utópicas, doctrinas igualitaristas,

programas comunistas y prácticas populistas. Es un lugar común el mencionar el hecho de que las estructuras de dominación resultaron ser particularmente opresivas allí donde el dogma oficial había proclamado el fin de la lucha de clases, la eliminación de las diferencias sociales y la abolición del Estado como metas normativas de los diseños revolucionarios. Basados en una visión sobria y realista del ser humano y de sus modelos reiterativos de comportamiento, varios enfoques teóricos atribuyen a las masas una predisposición constante a una “servidumbre voluntaria”². Teorías afines consideran que las élites gubernamentales poseen una propensión estable a una *libido dominandi*. Utopistas y revolucionarios han exhibido a lo largo de toda la historia una curiosa y obstinada tendencia a dejarse fascinar por el poder político y sus prerrogativas, ante todo por la posibilidad de poder disponer sobre hombres y recursos; los discursos legitimatorios no han variado gran cosa desde los anabaptistas de Münster hasta los preclaros pensadores al servicio del socialismo científico en Cuba o Corea del Norte. Sigmund Freud vio acertadamente que la *libido dominandi* y la capacidad de ejercer constricciones sociales efectivas sin recurrir necesariamente a la violencia manifiesta están correlacionadas con la psicología de las masas. El Hombre en cuanto miembro de un grupo se comporta, en líneas generales, de manera diferente a la de un individuo aislado; la naturaleza gregaria y maleable de las masas tiene que ver con la relajación de los mecanismos internos de control de los impulsos, con la dilución de la consciencia moral y del sentido de responsabilidad, con un sentimiento difuso de omnipotencia, con su carácter cambiante y crédulo y finalmente

1 Pierre Clastres, *La société contre l'état. Recherches d'anthropologie politique*, París: Minuit 1974, pp. 161-186.

2 Étienne de la Boétie, *Über die freiwillige Knechtschaft des Menschen* (Sobre la servidumbre voluntaria del Hombre), Frankfurt: EVA 1980; J. L. Talmon, *Les origines de la démocratie totalitaire*, París: Calmann-Lévy 1966.

con la transposición del yo ideal en favor de un caudillo carismático³. La aparición de jerarquías con amplias prerrogativas de todo tipo se ha dado ampliamente, sin una sola excepción, en todas las experiencias de reforma política radical. Y es relevante constatar, como ya se mencionó, que este fenómeno ha sido anticipado y justificado por las teorías utopistas. En última instancia, el núcleo del proyecto utópico se reduce a la dimensión de la mística, desde donde no molesta la edificación real del socialismo o del populismo en la praxis⁴.

Los grupos y cenáculos que luego conforman la clase dirigente en regímenes populistas y socialistas provienen mayoritariamente de los estratos medios, y se distinguen a causa de una relación ambivalente con respecto a las clases altas tradicionales. Sienten envidia por su dinero, su poder y sus privilegios fácticos, y simultáneamente anhelan su eliminación. O, de modo más realista, su suplantación. Ernst Bloch describió adecuadamente esta ambigüedad. Los representantes de las clases altas serían como “ídolos” que encarnan las posibilidades del destino vital (riqueza, placeres, posición) que codician los miembros de los otros estratos sociales menos favorecidos⁵. Al tomar el lugar de las antiguas élites, las nuevas dirigencias populistas y socialistas renuncian a los oropeles de aquellas, a los aspectos aristocráticos, a la estética tradicional y a los valores de distinción de las clases altas desplazadas, pero se apropian de los factores centrales ya mencionados: el poder, el dinero y los privilegios fácticos. La doctrina del igualitarismo se transforma en un mecanismo

ideológico con residuos folklóricos, pero en uno muy efectivo desde la perspectiva instrumental de la consolidación y preservación del poder. Pese a los principios del igualitarismo, las nuevas élites políticas de los regímenes radicales se consagran, con una energía digna de mejores fines, a la consecución de intereses particulares, como son la obtención de puestos y prebendas, la adquisición de espacios políticos y prestigio social y, por supuesto, la acumulación de dinero e ingresos, aunque esto último no conlleve necesariamente el convertirse en propietarios de medios de producción⁶. La formación de las nuevas élites, sus valores reales de orientación y sus actuaciones cotidianas y reiterativas constituyen fenómenos que no han encontrado el interés analítico de los intelectuales progresistas. El particularismo egoísta de las nuevas élites conforma una temática que merecería estudios más amplios y de tipo comparativo. Estudiando las pautas clásicas de comportamiento colectivo, se puede decir que el éxito y la astucia de las nuevas clases dirigentes resultan posibles sólo a causa de la ingenuidad y maleabilidad de los estratos inferiores de la sociedad respectiva.

La “auto-organización de la envidia”—expresión de Wolfgang Kersting para designar el principal efecto del igualitarismo— se origina cuando los astutos encubren sus “bajos motivos” mediante una estrategia que canta las alabanzas de la igualdad social para conseguir metas que traicionan a esta última⁷. El egoísmo particularista de las nuevas élites va de la mano de la carencia de capacidades innovadoras en casi todas las esferas, salvo en las destrezas para la manipulación de las masas. Una vez en el gobierno, estas nuevas clases dirigentes son conservadoras en el sentido de reproducir rutinas y convenciones de vieja data, dedicadas a la

3 Sigmund Freud, *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (Psicología de las masas y análisis del yo), Frankfurt: Fischer 1967, p. 13, 16, 19.- Sobre esta temática cf. dos escritos que no han perdido vigencia: Heinrich Popitz, *Prozesse der Machtbildung* (Procesos de la formación del poder), Tübingen: Mohr-Siebeck 1969; Hans Strotzka, *Macht. Ein psychoanalytischer Essay* (Poder. Un ensayo psicoanalítico), Frankfurt: Fischer 1988.

4 Ivo Frenzel, *Philosophie zwischen Traum und Apokalypse* (La filosofía entre el sueño y el Apocalipsis), en: [sin compilador], *Über Ernst Bloch* (Sobre Ernst Bloch), Frankfurt: Suhrkamp 1968, pp. 17-41, especialmente pp. 28, 32-33; Martin Walser, *Prophet mit Marx- und Engelszungen* (El profeta con lenguas de Marx y Engels), en: *ibid.*, pp. 7-16, aquí p. 7.

5 Ernst Bloch, *Spuren* (Huellas), Frankfurt: Suhrkamp 1959, pp. 50-51.

6 Existe una amplia literatura sobre la “clase estatal” o “burocracia del poder”. Cf. Hartmut Elsenhans, *Abhängiger Kapitalismus oder bürokratische Entwicklungsgesellschaft. Versuch über den Staat in der Dritten Welt* (Capitalismo dependiente o sociedad burocrática en desarrollo), Frankfurt / New York: Campus 1981, pp. 20-27.

7 Wolfgang Kersting, *Kritik der Gleichheit. Über die Grenzen der Gerechtigkeit und der Moral* (Crítica de la igualdad. Sobre los límites de la justicia y la moral), Weilerswist: Velbrück 2005, p. 62, 79, 81, 85.- La rehabilitación de la envidia tendría la misma estructura que la apología de la revolución violenta (*ibid.*, p. 88).

preservación del poder. No han mostrado, por ejemplo, ninguna originalidad en el tratamiento de asuntos ecológicos, lo que tiene que ver directamente con su incapacidad para concebir y analizar temáticas de largo plazo, que son a menudo problemas derivados de las limitaciones humanas. En los experimentos del nuevo orden (como en Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Venezuela, y también en Cuba) las dirigencias revolucionarias exhiben la misma arrogancia de las antiguas clases altas con respecto al pueblo llano, y mediante los privilegios fácticos establecen una considerable distancia con respecto a las capas sociales que dicen representar. Se puede afirmar que las nuevas élites son, en general, menos eficientes que las anteriores en

el manejo del aparato estatal, en la creación de una estética pública aceptable y en el ejercicio de una ética de genuino servicio a la comunidad. Finalmente hay que señalar que estas élites tienen mayoritariamente un sistema de cooptación para el reclutamiento de sus miembros, el cual funciona siguiendo criterios de fidelidad y azar, es decir, utilizando los dos procedimientos más habituales y convencionales para la conformación de grupos cerrados y exclusivos. Por ello los integrantes exitosos de estas clases dirigentes no se destacan por cualidades intelectuales o morales, sino por una mediocridad rutinaria.



Poder, lengua y pensamiento

Alfonso Roca Suárez

Para posicionarse como el alfa de su manada, el gorila espalda plateada se vale de una masa atiborrada de 200 kg de agresividad, una envergadura de brazos de 2,6 metros y una musculatura capaz de moler los huesos de sus competidores. En el mundo de las abejas, el reinado se consigue a costa del soricidio. Cuando una abeja sexualmente desarrollada emerge, su primer instinto es ir en busca de sus hermanas fértiles y envenenarlas mientras yacen todavía en la cuna real. Cada especie tiene su propio ritual violento de coronación. Si damos un vistazo al reino animal, advertiremos que la fuerza física es el factor determinante en las relaciones de dominación. Por muy diversas que sean las prácticas, todas las especies establecen su jerarquía en base a alguna forma de intimidación, avasallamiento o violencia. En este sentido, el *homo sapiens* es un animal más, ya que igual tiene su lado violento. No obstante, hay algo que lo hace especial, pues, además de métodos coercitivos, goza de facultades lingüísticas privativas a la especie que le permiten establecer relaciones de poder en base a la persuasión y el consentimiento.

Para entender mejor la complejidad de las relaciones de poder en las sociedades humanas, empezaremos por analizar un acertijo que discuten Tyrion Lannister y Varys, dos de los personajes de George R. R. Martin en *Choque de reyes*, el segundo tomo de la célebre saga fantástico-medieval que ha sido llevada a la televisión bajo el título de *Juego de tronos*:

En una habitación hay tres hombres de gran importancia, un rey, un sacerdote y un rico. Frente a ellos se encuentra de pie un mercenario, un hombre sin importancia, de baja cuna y mente poco aguda. Cada uno de los grandes quiere que mate a los demás.

—Mátalos —dice el rey—, porque soy tu legítimo gobernante.

—Mátalos —dice el sacerdote—, te lo ordeno en nombre de los dioses.

—Mátalos —dice el rico—, y todo este oro será tuyo.

Y decidme... ¿quién vive y quién muere?

Cada uno de los personajes en este acertijo simboliza una forma de poder: el espadachín

es el poder de la fuerza física; el rey, el poder político; el sacerdote, el poder religioso; y el rico, el poder económico. Nuestro espadachín se encuentra en una encrucijada, ya que diferentes formas de poder han entrado en un conflicto de interés y tratan de anularse la una a la otra. ¿Cómo se resolverá esta disputa? El enano Tyrion, hijo de una de las familias más ricas e influyentes del mundo creado por Martin, propone inicialmente que la decisión yace en el hombre de la espada, quien esgrime “el poder de la vida y la muerte”. Esta respuesta no convence a su enigmático interlocutor y creador del acertijo, Varys. Su argumento es el siguiente: efectivamente, el “hombre de armas” podría acabar con la vida de sus pedigüños; sin embargo, no lo vemos sentado en el trono. ¿Por qué debería un “hombre fuerte” obedecer a gobernantes, ricos o sacerdotes? Si el poder está en las manos del espadachín, ¿por qué fingir que son los gobernantes los que lo “ostentan”?

Si el factor determinante en las relaciones de dominación humanas no es la fuerza física, entonces, ¿cuál es? ¿Será la ley? ¿Será el dinero? Antes de darnos a conocer su respuesta al acertijo, Varys comenta sobre algunos hechos que ocurren en el continente fantástico de Poniente, lugar donde viven nuestros personajes:

Hay quien dice que el conocimiento es poder. Hay quien dice que el poder deriva de los dioses. Otros dicen que el poder lo da la ley. Pero aquel día, en los peldaños del Sept de Baelor, nuestro piadoso Septon Supremo, la legítima reina regente y vuestro seguro servidor, con todos sus conocimientos, estuvieron tan impotentes como cualquier zapatero remendón de la multitud.

“Aquel día”, al que se refiere Varys, un niño rey que acaba de asumir el cargo manda decapitar a un hombre en un claro acto de pedantería y truculencia gratuita. Producto de ese suceso, estalla una guerra en Poniente, sin que ninguna de las grandes autoridades pueda evitarlo. En este escenario —que, por cierto, no está confinado solo a la ficción— vemos cómo cambiaron las relaciones de dominación, haciendo que un niño incompetente y sediento de sangre termine al mando de un reino. Resulta difícil no estar de acuerdo con Varys cuando dice que “el poder

es una cosa curiosa”. Entonces, ¿quién tiene el control realmente? Varys responde a esta pregunta de la siguiente manera: “El poder reside donde los hombres creen que reside.”

Es aquí donde entra en juego el papel de la lengua, la cual sirve no solo para crear sino también mantener las relaciones de poder. Mientras los subordinados crean en la autoridad del gobernante, aun cuando no se suscriban a su manera de hacer las cosas, las relaciones de dominación se mantendrán. Las palabras serán, por ende, las garras, los músculos, los agujijones de los grupos dominantes, ya que la persuasión consiste precisamente en emplear las palabras para inducir a una persona o grupo de personas a *hacer* algo o *creer* en algo o alguien. No es de extrañarse que gobernantes de toda índole, desde los más conservadores hasta dictadores como Hitler o Mao Zedong, le concedan tanta importancia al discurso y la propaganda política. Pero ¿qué tan poderosas son las palabras? ¿Pueden las palabras usarse para controlar las creencias y pensamientos de la gente?

A fin de esclarecer la relación que existe entre el poder y la lengua, debemos incluir su lazo con el pensamiento. Hay quienes sostienen que la relación entre la lengua y el pensamiento es tal que el segundo depende de la primera, de ahí que sea considerada como el perfecto instrumento de manipulación. Esta ideología se ve ilustrada en *1984*, la novela distópica de George Orwell en donde el *Newspeak* es una lengua creada por un gobierno totalitario para controlar a la población y eliminar los actos de rebeldía. Partiendo del supuesto de que el pensamiento está mediado por las palabras, la astucia del *Newspeak* consiste en delimitar el vocabulario a aquellos términos autorizados por el gobierno y, de esta manera, volver cualquier tipo de pensamiento “herético” imposible. El autor relata que una persona que no contara con otra lengua más que con el *Newspeak* “no podría saber que el término *igual* había tenido en un tiempo el significado secundario de ‘políticamente igual’”.

Las páginas de la historia de China nos cuentan un relato similar al que encontramos en la novela de Orwell. La lingüista Janet Holmes explica el papel que tuvo el uso de la lengua

en la propaganda política de la china de Mao Zedong de la siguiente manera. Cuando Zedong se encontraba en el poder, el texto más importante de la Revolución Cultural que se implantó en el país asiático era un libro de bolsillo que recopilaba las frases célebres proferidas por el dictador. El objetivo del gobierno era lograr que esas expresiones se vuelvan parte de la vida cotidiana y la cultura china, y así imponer la ideología oficialista en la gente. Para ello, las páginas de los libros, textos escolares y periódicos locales fueron inundadas con frases extraídas del *Pequeño libro rojo*. De acuerdo con los datos consultados por Holmes, si uno leía el periódico oficial del gobierno un día cualquiera durante la década del 70, encontraba un promedio de 17 frases de Mao antes de haber pasado la segunda página. Así también, como era de esperarse, la enseñanza del idioma extranjero se vio afectada. Con el fin de desacreditar a la ideología opositora, los libros de inglés usaban ilustraciones con mensajes anticapitalistas. Holmes señala que en un diccionario inglés-chino la palabra *desempleo* iba acompañada del siguiente ejemplo: “El desempleo está aumentando en los países capitalistas”. Este accionar trabaja claramente bajo el supuesto de que existe algún tipo de conexión entre el pensamiento y la lengua. Indudablemente, la lengua es esencial para comunicar ideas, pero, más allá de eso, lo que atañe esta discusión es saber en qué medida puede moldear el pensamiento.

Hay quienes alegan que la ciencia respalda esta estrecha relación entre lengua y pensamiento. Empero, como veremos más adelante, esa conclusión no puede ser verdadera. Una de las ideas más propagadas sobre la lengua y su relación con el pensamiento, especialmente entre el público en general, es la del determinismo lingüístico, a veces llamado hipótesis de Sapir-Whorf, en honor a los lingüistas que la popularizaron en el siglo XX. Esta doctrina, que cuenta con numerosas variantes, postula, en su versión más polémica, que la lengua tiene un efecto en las capacidades cognitivas del hablante, de modo que afecta su pensamiento y percepción de la realidad. En este sentido, la lengua puede ser entendida como un lente que filtra nuestra manera de ver el mundo. Benjamin Whorf, por ejemplo, argumentaba

que los hablantes de hopi, una lengua nativa norteamericana, no tenían la misma percepción del tiempo que los hablantes de lenguas indoeuropeas. La discrepancia, de acuerdo con Whorf, era producto de la forma en cómo estas lenguas conjugan sus verbos.

Sin embargo, las afirmaciones de ese profesor de antropología fueron refutadas por sus propios contemporáneos, quienes identificaron un problema de circularidad en su argumentación. Whorf sostenía que diferentes maneras de hablar resultaban en diferentes maneras de ver el mundo. Pero su falacia estaba en que, para probar que los nativos norteamericanos pensaban diferente, apelaba al hecho de que hablaban diferente. En otras palabras, su conclusión formaba parte de la evidencia utilizada para respaldar el argumento, lo que hacía su línea de razonamiento defectuosa.

En la últimas décadas, en el afán de probar la hipótesis whorfiana, varios investigadores han desarrollado toda una serie de experimentos ingeniosos que consideran los efectos que podría tener la lengua en varios tipos de funciones cognitivas. Entre uno de los más citados, tenemos a un grupo de científicos de la Universidad de Stanford, quienes estudiaron el efecto de la lengua sobre la percepción de los colores. Mientras que idiomas como el ruso o el español tienen términos con raíces diferentes para denominar el azul y el celeste (*siniy* y *goluboy* son las palabras rusas, respectivamente), otros idiomas carecen de esta distinción. En el caso del inglés, el término *blue* se usa para describir el azul más oscuro, y para el celeste se añade simplemente un calificador a la misma raíz: *light blue* (azul claro). De acuerdo con los whorfianos, estas diferencias en el léxico de las lenguas resultarían en diferentes formas de ver el mundo. Para comprobar esta hipótesis, los investigadores observaron dos grupos de sujetos y midieron sus tiempos de reacción en tareas que implicaban distinguir tonos diferentes de azules y celestes en una pantalla. Curiosamente, los rusos llegaron a ser más rápidos que los hablantes de inglés a la hora de distinguir colores que para ellos pertenecían a categorías diferentes. Sin embargo, antes de apresurar alguna conclusión, es importante tomar nota de la diferencia de velocidad: una décima de segundo. Experimenten-

tos que evalúan otras funciones mentales como la ubicación espacial, pensamiento matemático, percepción del tiempo, entre otras, se han llevado a cabo con resultados similares. Innegablemente, algunos de estos experimentos han arrojado resultados interesantes; no obstante, ninguno justifica adoptar la postura radical de que la lengua moldea significativamente nuestra percepción del mundo.

Así, como hemos visto, no hay evidencia suficiente que respalde un vínculo de naturaleza determinista-reduccionista entre el pensamiento y la lengua. En otras palabras, la

lengua no es lo mismo que el pensamiento, por lo cual no hay necesidad de temer algún tipo de bloqueo mental al estilo del *Newspeak* en la novela de Orwell. Del mismo modo, sería un error reducir la lengua y el poder a la misma cosa. No obstante, debemos reconocer el impacto que las capacidades lingüísticas tienen en las sociedades humanas, ya que, de no ser por ellas, la coerción sería la única forma de obtener y mantener el poder.



El argumento de autoridad

Fernando Molina

Estudiando la historia veremos que, en general, todas las sociedades humanas se han asentado sobre tres clases de bases económicas (y, en los hechos, sobre combinaciones más o menos complejas de las mismas). Estas son:

Una base económica “tradicional” o conjunto de actividades agrícolas, ganaderas y artesanales de supervivencia. En este caso, la distribución se da por medio del trueque, mientras que la redistribución responde a costumbres como la reciprocidad y el mecenazgo obligatorio.

Una base económica “de mando”, en la que las actividades principales dependen de las decisiones económicas de una jerarquía política; estas van desde la construcción de grandes obras de infraestructura (pirámides, canalizaciones, represas, caminos) hasta la protección por medios políticos, por ejemplo, el control de las fronteras, de la industria doméstica, pasando por la administración de empresas estatales. De este modo, la capa dirigente se convierte en el engranaje fundamental del mecanismo productivo. Ejemplos de este tipo de sociedad son las civilizaciones babilónica, egipcia, etc.; y en la modernidad, las distintas formas de capitalismo de Estado. La distribución y la redistribución son determinadas por la voluntad

de la burocracia, que establece diferentes clases de tributos monetarios y en especie, así como los beneficios que recibirán los distintos grupos de la sociedad.

El tercer tipo de base económica es la de mercado, donde las actividades no se derivan ni de la tradición ni del mando, sino de la iniciativa de los productores que compiten entre sí, crean riqueza y la intercambian. La distribución depende, entonces, de los esfuerzos individuales, mientras que la redistribución se consuma a través de la filantropía y algún mecanismo tributario.

También existen tres formas claramente diferenciadas de organización de la polis, o sea tres clases de legitimación, de fundamentación del poder:

El *poder tradicional*, o la obediencia por costumbre a los jefes y los señores que han logrado esta posición debido a dos clases de méritos históricos: los militares y los sociales.

El *poder burocrático-tecnocrático*, que en las sociedades de mando ejercen las capas de especialistas con capacidad para manejar las instituciones que se ha creado para intervenir en la economía y regular el desenvolvimiento social.

Y, finalmente, el *poder poliárquico* (que con más frecuencia se llama “democrático”, pero esta denominación lleva a inacabables confusiones), el cual surge de las decisiones colectivas de muchos, lo que exige que se respeten las visiones, opiniones y programas prescriptivos que tienen los distintos grupos y hasta los distintos individuos. De esta forma de legitimación del poder emerge el pluralismo, el cual no aparece como una concesión graciosa del Estado, digamos de un rey ilustrado y tolerante, sino que es la condición misma del funcionamiento estatal.

Cuando una sociedad tiene una base económica de mercado y un poder poliárquico, esto es, es plural, la consideramos una *sociedad abierta*. Por el contrario, las demás combinaciones entre estas tres bases económicas y las tres modalidades de poder mencionadas dan como resultado sociedades más o menos cerradas, es decir que no son plenamente plurales. Veamos algunos ejemplos:

-Una base económica de mando, pongamos un capitalismo de Estado, aunque se combine con una democracia, no llega a ser una sociedad plenamente plural porque en ella una gran parte del poder reside en la burocracia estatal: es el actual caso de Bolivia.

-Una base económica de mando, sumada a un poder burocrático-tecnocrático, resulta en alguna forma de totalitarismo.

-Una base económica de mercado, combinada con un poder tradicional, tiende a formar una sociedad más cerrada que abierta, como ocurre en Arabia Saudita o los Emiratos Árabes.

El estudio de Levi-Strauss sobre el pensamiento primitivo (*El pensamiento salvaje*) sugiere que este sigue las mismas reglas que el pensamiento “civilizado”; los filósofos griegos, entonces, no *inventan*, sino que *descubren* el Órgano del razonar, la lógica. Sin embargo, este no es un descubrimiento inocente, pues permite una reflexión y un perfeccionamiento práctico que, al ejercitarse durante milenios, termina separando, por decirlo así, la mente humana del mundo, convirtiéndola en una herramienta

analítica despersonalizada y capaz de lograr la objetividad. Es decir, se la vuelve una mente *teórica y experimental*, que aprende del mundo exterior de manera regulada –o científica– y que busca la verdad (todo lo que, al coincidir con las cosas, le permita manipularlas).

Se trata de un proceso lento, progresivo y, por supuesto, contradictorio. Al comienzo, el ser humano está tan inmerso en la realidad, ha desarrollado tan pocas teorías sobre ella, que no es capaz de adoptar una “posición exterior” a las cosas entre las que se mueve, por eso las sociedades tradicionales tienden a “antropomorfizar” el mundo, es decir, a representarlo como si constituyera un continuum de la humanidad (*animismo*); estas sociedades consideraban que cada fenómeno expresaba una *voluntad personal*. Me explico: ahora sabemos que, si alguien está enfermo, se debe a que ha ingerido microorganismos dañinos para su cuerpo. Los antiguos culpaban de dicho fenómeno a la acción de una voluntad negativa (de los brujos, los “chupacabras”, de los demonios subterráneos); en cambio, si alguien tenía una buena racha, estaba siendo ayudado por sus *dioses tutelares*, que por alguna razón querían su bien. La religión consistía en desentrañar este motivo, es decir, la causa de la simpatía divina, y procurar manipularla en favor propio.

Para explicar la dialéctica de la vida, la coexistencia y lucha entre lo que daña (el “mal”) y lo que beneficia al ser humano (el “bien”), el pensamiento tradicional concibió una teodicea de índole *maniquea*: todo en el universo era bueno hasta que alguna clase de error o “pecado” introdujo el mal en él; desde este momento, el mundo se dividió en fuerzas benignas y malignas claramente identificables y autónomas, las cuales luchan entre sí. Esta visión dual del mundo se conservó a lo largo de los siglos: está presente en la platónica oposición entre cuerpo y alma, y luego en todas las religiones monoteístas, inclusive el cristianismo. San Agustín fue un pensador maniqueo convertido a esta confesión. Opuso la “ciudad del hombre” a la “ciudad de Dios”. Más generalizada fue la interpretación cristiana de la vida como una lucha entre Dios y el diablo.

El animismo y el maniqueísmo son las fuentes del “argumento de autoridad”, es decir, de que tantos consideren verdadero lo que proviene o coincide con la voluntad divina, que, como resulta fácil de colegir, es en realidad la voluntad de sus intérpretes autorizados, la de quienes tienen el *poder* para interpretarla (sacerdotes y reyes). Con el tiempo, esta voluntad se codifica en alguna clase de texto sagrado, del cual se desprenden todas las posibles afirmaciones verdaderas. En otras palabras, en las sociedades tradicionales son verdaderas las afirmaciones que coinciden con la tradición; al mismo tiempo, la existencia o inexistencia de esta correspondencia es sancionada por el poder.

Lo único que las ulteriores sociedades de mando añadirían a esta situación es *concentrar* el proceso de “creación de la verdad”, que antes era relativamente disperso y aleatorio, en unas instituciones especializadas en mandar: la Iglesia, en el terreno de las opiniones espirituales; y el Estado, en el de las opiniones políticas. Por esto, en una sociedad cerrada no se discute sobre el *contenido* de lo defendido, sino sobre la *fuerza* de esto mismo, ya que la clave de su confiabilidad reside en que esta sea “oficial”. Quien piense por su cuenta, sin ajustarse a la voluntad del poder, comete una falta que debe ser sancionada por este poder, ya que lo debilita, y por la sociedad misma, ya que la confunde.

En el Occidente, el argumento de autoridad conoció su momento de auge durante el medioevo, cuando Europa era la sociedad cerrada por excelencia. Los poderes en ese periodo eran los tradicionales: la iglesia y los reyes. En el campo del pensamiento, la validez de los argumentos dependía de quiénes los hubieran formulado: no se podía contradecir a la Biblia ni a los filósofos consagrados, en particular a Aristóteles. Demostrar que una proposición se ajustaba mejor al pensamiento de estas autoridades era demostrar que era verdadera.

Mucho antes de esto, en el siglo V antes de nuestra era, una incipiente economía de mercado coincidió con un sistema político democrático: la Grecia clásica fue una efímera sociedad abierta. Se produjo así una “primera ilustración”, que definiremos como un periodo de desconfianza en el conocimiento heredado

e impuesto desde arriba. En este contexto, los griegos descubrieron que el argumento de autoridad era falaz, es decir, contrario a las reglas lógicas. Si se dice que a vale $aX + bX$ y que b vale $bX + aX$, entonces la igualdad entre a y b dependerá de los valores de a , b y X ; no de qué matemático plantee o refute semejante equivalencia. Pensar que la validez de un postulado se deriva de la reputación (excesiva o insuficiente) de quien lo haya formulado es “falaz”, es decir, sin lógica: rompe las reglas del recto pensar.

A guisa de ampliación, mencionemos que otra falacia de las varias detectadas y clasificadas por los griegos es la *confusión entre causalidad y contigüidad*: que un hecho se dé antes o junto a otro no significa que sea la causa de este: por ejemplo, la inflación suele acompañar el crecimiento acelerado de la economía, pero no todos los procesos de crecimiento implican inflación; ergo, la inflación no es resultado del crecimiento, que representa una condición favorable para la inflación, pero no su *causa*.

Otra falacia es la *inductiva*: suponer que porque algo ha sucedido muchas veces resulta seguro (y no solamente probable) que vuelva a ocurrir: por ejemplo, que los administradores de las empresas públicas se corrompan.

El argumento de autoridad, o *ad hominem* (esto es, que se refiere al sujeto antes que a la cosa), es falaz porque el hecho de que una proposición sea verdadera depende de su correspondencia con la realidad o, si se quiere, de que no haya refutaciones suficientemente fuertes para descartarla, y *no de la “autoridad moral” de quien la hace*. La proposición “todos los hombres son mortales” es cierta –al menos mientras no se la refute– aunque la formule un mentiroso. Y una mentira es una mentira aunque la pronuncie el hombre más honesto y sabio del mundo. En otras palabras, la verdad es trascendente al acto comunicativo, expresa una relación distinta que la que se establece entre seres humanos, que es la *relación entre el concepto y la cosa* (o *relación epistemológica*).

Los defensores filosóficos del argumento de autoridad sostienen que la relación epistemológica está necesariamente impregnada de la subjetividad de quien intenta establecerla, es decir, del que elabora el concepto. Se dice

que al hacerlo éste no solo responde a la cosa (objetividad), sino a las condiciones sociales, culturales, temporales y crematísticas en las que se halle, las cuales determinan lo que puede conocer y lo que no, y dan un sesgo subjetivo a su discurso. Por tanto, se arguye, no es irrelevante saber *quién es*, cuáles son los prejuicios y los intereses desde los que habla. Así se podrá juzgar si estos interés y prejuicios no hacen imposible que el sujeto diga la verdad, o si lo predisponen en un sentido y no en otro. Ciertamente no es lo mismo un estudio estadístico hecho por una conocida universidad que el que se realiza por hobby. Por tanto, resulta más *probable* que una reputada universidad, y no un grupo de aficionados, presente enjundiosos estudios estadísticos. También es más *probable* encontrar conocimiento en Aristóteles o en Marx o en Heidegger que en un teórico adocenado. Sin embargo, para convertir esta probabilidad en una justificación del argumento de autoridad, habría saltar a la ya mencionada *falacia inductiva*: confundir lo probable con lo inevitable. Sí, es probable que Aristóteles tenga más razón que Filias, pero no inevitable; podría ocurrir al revés. Por tanto, derivar la veracidad de lo que dice Aristóteles de su condición de tal (razonar *ad hominem*) resulta incorrecto.

Visto desde una perspectiva negativa, este razonamiento tiene una importantísima consecuencia filosófica. Refutar el argumento *ad hominem* es de alguna manera refutar el escepticismo epistemológico. En efecto, si bien es probable, dadas las muchas observaciones inductivas que se han hecho, que los estudiosos de lo social no puedan librarse de las condicionantes que para ellos representa el hecho de estar inmersos en su propio objeto de estudio, tal cosa no resulta lógicamente imposible; aun si no se hubiera logrado hasta ahora (lo que sí ha ocurrido, como prueba el gran avance de la economía y de la medicina, entre otras disciplinas sociales) nadie puede asegurar, sin caer en la falacia inductiva, que esto no se logrará en el futuro. Por tanto, en todos los casos, y siempre, la veracidad de una proposición debe ser determinada por su relación con otras proposiciones, con el mundo, con la práctica, y no por la naturaleza de quién la enuncia. La naturaleza

del sujeto de la proposición predispone, pero no obliga.

La epistemología marxista es errada por su inductivismo. En lugar de decir que resulta más *probable* que los investigadores que adoptan el punto de vista de la clase obrera desvelen los mecanismos de funcionamiento del capitalismo, que es más *probable* que los investigadores burgueses se hallen interesados en esconder o ignorar estos mecanismos, Marx creía que *solo* la clase obrera estaba en condiciones de comprender el capitalismo. La falacia inductivista conduce regularmente a la falacia *ad hominem* o de autoridad; así, en este caso, todo lo que proviene de la clase obrera, lo digan los obreros mismos o los teóricos marxistas en su nombre, se convierte, por este solo hecho, en la verdad sobre el capitalismo. No por su poder heurístico intrínseco, sino porque proviene de la autoridad intelectual adecuada.

Los bolivianos no discutimos sobre argumentos; en general, somos incapaces de diseccionar un discurso y evaluar sus pros y sus contras, tratar de refutarlo o mejorarlo. Más bien discutimos sobre posiciones; esto es, dividimos el mundo en dos bandos y, luego, tratamos de demostrar que nosotros estamos del lado bueno, mientras nuestros rivales se encuentran del otro. Por eso nuestra forma favorita de argumentar es *ad hominem*, es decir, un ataque al mensajero (que ocupa la posición equivocada) más que al mensaje como tal (si se quiere, al “mensaje objetivo”). Esto refleja la naturaleza de nuestra sociedad, una sociedad semicerrada.

La modernización mercantil y democrática de las sociedades cerradas significa la transformación de estas en sociedades plurales y simultáneamente –por razones que no tengo tiempo de explicar aquí– institucionales. Este proceso ha necesitado la disminución del animismo maniqueo en la mentalidad colectiva. Para dar un ejemplo, el cristianismo modernizado ha tenido que eliminar de su prédica, o caricaturizar, al diablo, y disminuir el aspecto mesiánico de Jesús, haciendo hincapié en su condición de “hermano en el sufrimiento”. A esto se ha

sumado el laicismo para separar a la civilización moderna de la visión dualista primitiva de la que hemos hablado más arriba. Como en Bolivia estos procesos son todavía incipientes, tenemos como resultado la predominancia del argumento de autoridad.

Una sociedad plural e institucionalista requiere pueblos con “capacidad de abstracción”, una mentalidad colectiva más acostumbrada a la ciencia, pues solo esto le permitirá despersonalizar los procesos y las decisiones; este es el requisito *sine qua non* para que pueda confiarse en las normas, los procedimientos y las rutinas institucionales.

Las sociedades abiertas requieren pueblos con «capacidad de abstracción», como los europeos de hoy, o el estadounidense. Los primeros inmigrantes de Estados Unidos fueron educados, por un lado, en el culto al rey (maniqueo), y por el otro, en la defensa de la representación parlamentaria, que es una institución moderna, despersonalizada, no maniquea. A partir de su independencia de Inglaterra, Estados Unidos se convirtió en la primera sociedad completamente «abstracta», democrático-pluralista y no maniquea, de la historia. Su ejemplo terminaría persuadiendo a los reinos existentes y se generalizaría por el mundo desarrollado, es decir,

de carácter mercantil y moderno. La concesión que hace la democracia estadounidense al viejo poder personal del rey reside en su presidencialismo, aunque sea un presidencialismo severamente controlado por instituciones impersonales, como el parlamento, la justicia y la sacralización de la presidencia, entre otras...

Sin embargo, en Estados Unidos y en Europa la personalización maniquea de la política pervive. Esto muestra que el dualismo, la oposición de «buenos y malos», la personalización, la crítica *ad hominem*, todo esto corresponde con una forma básica de razonar, una forma primigenia, propia de la primera fase del proceso de socialización. Pero en estas sociedades esta tendencia, si se quiere «natural», del pensamiento humano, está mediatizada y matizada por el institucionalismo adquirido en la época moderna. Por eso los congresistas republicanos pueden votar por políticas demócratas y a la inversa. Por eso a ningún presidente estadounidense se le ocurre cambiar la Constitución, ni para reelegirse ni para otra cosa. Por eso lo que se busca en EEUU es una sociedad plural o abierta, y no la imposición de unos valores, considerados absolutos, sobre los demás.



El individuo contra la tribu, cuestión esencial del poder

Emilio Martínez Cardona

Coincidencia entre autores disímiles: tanto para Friedrich Nietzsche como para Karl Popper, la cuestión esencial a resolver en el mundo social es la disyuntiva entre el individuo y la tribu, entre el hombre libre y las diversas variantes del colectivismo.

La intuición nos parece correcta e insinúa el parte-aguas fundamental entre los seguidores del neo-tribalismo, encarnado en un multiforme estatismo, y los defensores de los derechos individuales.

En buena medida, los neo-tribalistas han buscado polarizar la batalla entre sus dos grandes variantes: la socialista-clasista (marxismo) y la socialista-nacionalista (fascismo), posiblemente con la intención de invisibilizar a las corrientes liberales o libertarias que plantean la crítica del Estado omnímodo.

De ahí que para los marxistas los partidarios de la economía libre sean “fascistas” y que para los ultra-nacionalistas el liberalismo sólo sea “la antesala de la revolución”.

Volviendo al eje conceptual del poder, la divergencia principal sería entre quienes buscan darle mayores armas y herramientas al Leviatán estatal y los que procuran empoderar al ciudadano, el individuo educado para la convivencia republicana.

Otro problema frecuente planteado por las izquierdas es el de los poderes fácticos, a los que ven como malformaciones creadas espontáneamente por el malvado mercado capitalista y contra los cuales postulan la construcción de un “Estado justiciero” como freno.

Sin embargo, la experiencia histórica indica que esto es una falacia, toda vez que los poderes fácticos abusivos suelen ser el resultado de la connivencia entre un empresariado incapaz de competir libremente y una burocracia corrupta,

alianza que perpetra en conjunto un “capitalismo de amigos” o de camarilla que distorsiona seriamente la economía de mercado.

Contra estos poderes fácticos para-estatales la mejor arma sigue siendo la desregulación y no la concesión de nuevos instrumentos al sector público.

Hablemos finalmente de la actitud ante el poder que corresponde a quienes la modernidad ha llamado *intelectuales* y que la antigüedad denominó *clérigos*, para usar la terminología de Julien Benda. Productor por antonomasia de discurso, el intelectual tiene en sus manos la decisión capital de convertirse en mandarín (consejero, justificador y cómplice del monarca) o en vanguardia del contrapoder.

Advirtamos aquí sobre la vieja tentación del *despotismo ilustrado*, la idea errónea de que el tirano puede ser conducido y domesticado por el filósofo o el literato. Tentación que acabó mal en los casos de Platón en Siracusa, de Voltaire con Federico el Grande y de García Márquez con Fidel Castro.



Verbalizando el poder

Juan Marcelo Columba Fernández

El sustantivo poder, en su acepción de dominio ejercido sobre alguien, no puede ser concebido sino al interior de una lógica de influencia entre los individuos involucrados. En ese sentido, el ejercicio de autoridad que implica el poder encuentra dos vías intrínsecamente ligadas en la perspectiva de influir políticamente sobre el otro: el lenguaje y la acción. Inicialmente, podría concebirse entre ambas una relación causal, pues resulta difícil imaginar una acción política que no sea resultado de palabras y las ideas que evocan; sin embargo, ello no parece ser tan evidente cuando se confirma que el uso del lenguaje constituye, en sí mismo, una acción. El presente texto, a partir de reflexiones desarrolladas en el marco de las ciencias del lenguaje, pretende discurrir fugazmente en torno a una concepción praxeológico-verbal del poder para, posteriormente, evocar algunas maneras de representación de los interlocutores involucrados en el discurso de autoridad.

La materialización verbal del poder

Hacia la segunda mitad del siglo XX, el lingüista E. Benveniste definía el discurso como toda enunciación que suponga un locutor con la intención de influenciar un interlocutor. Asimismo, el académico francés concebía la enunciación como la puesta en marcha de la lengua mediante un acto individual de utilización¹. Esta concepción se inscribe en una dimensión praxeológica del lenguaje, donde las prácticas verbales constituyen acciones que se registran materialmente y actúan sobre el mundo. Desde esta mirada, las palabras no se evaporan necesariamente en el viento; ellas adquieren una consistencia propia al manifestarse como hechos

e inscribirse en una dinámica de influencia al interior de la vida social.

Esto resulta aún más evidente en el ámbito político, donde la actividad verbal ocupa un lugar central como fundamento de la acción no-verbal, pero, sobre todo, como materia prima del quehacer político. En este espacio, el discurso magnifica la influencia ejercida por un locutor mediante el lenguaje, pues las posibilidades verbales de persuasión no se encuentran orientadas hacia micro-interacciones, sino hacia la totalidad de ciudadanos que deliberan sobre las decisiones más convenientes en relación a un porvenir común.

En un prolijo estudio sobre el discurso político², P. Charaudeau ha señalado que este tipo de acto lingüístico se funda en tres principios: de alteridad, de influencia y de regulación. El primero establece que todo acto verbal se realiza, ineludiblemente, en función de un interlocutor; el segundo señala que, una vez establecido el vínculo entre los participantes de la comunicación, el locutor busca que el interlocutor piense, diga o actúe según su intención; y el tercero indica que, habiendo la posibilidad de que el interlocutor tenga su propio proyecto de influencia, los participantes del acto comunicativo se ven forzados a una gestión del vínculo establecido entre ellos. Sobre esta base, el proyecto de influencia del locutor adquiriría una fuerza de acción únicamente desde el momento en que el enunciador, sirviéndose de una posibilidad de amenaza o gratificación, sitúa a su interlocutor en una posición de sumisión desde la cual estaría forzado a ejecutar una acción. Desde una perspectiva foucaultiana, estaríamos frente al establecimiento de un orden, en su doble sentido de organización y prescripción, que mediante el uso estratégico de un vocabulario y

¹ É. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale II*. Paris: Gallimard, 1974, pp. 80, 242.

² P. Charaudeau, *Le discours politique: Les masques du pouvoir*. Paris: Viubert, 2005, p. 12.

distinciones conceptuales internalizadas por los sujetos, construye una dramaturgia del poder y una manera específica de pensar el mundo³.

En este marco, resulta posible postular una materialización verbal del poder entendido como la instauración de una relación comunicativa de dominación entre los participantes del intercambio lingüístico. Una relación de fuerza, de naturaleza socio-verbal, se instaura así entre una instancia política y una instancia ciudadana, desde el momento en que representantes y aquellos que delegan tal representación se sitúan en el lugar social que les asigna el discurso. Las posibilidades de este zócalo analítico nos permiten bosquejar, a continuación, algunas maneras de asir los retratos verbales de los participantes del acto de enunciación política.

Imágenes de gobernantes y gobernados en el discurso político

Si bien el vínculo entre emisor y receptor políticos, normalmente, viene establecido de antemano, la instancia política productora del discurso necesita evocar constantemente su propia imagen y la de su auditorio, buscando, así, legitimar su lugar de autoridad y fortalecer la relación de influencia establecida con su interlocutor.

En la retórica aristotélica, la noción de *ethos* (personaje, en griego) designa la imagen de sí mismo construida en el discurso⁴. Dicha concepción constituye una vía de acceso a la aprehensión de la auto-representación discursiva del orador político. El *ethos* está conformado, *grosso modo*, por los rasgos del orador que son susceptibles de favorecer el trabajo persuasivo. Este autorretrato verbal del orador político puede entonces manifestar, de manera explícita, una legitimación de su posición de autoridad en enunciados como “[yo] represento a un Gobierno cuya legitimidad está probada por la adhesión militante de la mayoría de la comunidad nacional”⁵. El discurso ostenta, en este caso, la

fuerza de autoridad colectiva que encarna su emisor. El orador político justifica, así, su lugar de poder y de palabra, en la espera de que esta legitimidad verbal sea asumida por el auditorio sometido al influjo discursivo.

De manera análoga, el discurso permite la construcción verbal del interlocutor como parte de una estrategia de influencia. La perspectiva neo-retórica concibe al auditorio como una construcción del orador⁶ y, en ese sentido, resulta posible la elaboración de un segundo perfil verbal que legitime la relación de poder establecida entre los participantes del intercambio comunicativo. Si consideramos el enunciado “[...] la salvación de aquello por lo que apostamos a lo largo de nuestra vida [...] pasa por la capacidad que ustedes tengan de dar generosamente a Bolivia un gobierno estable”⁷, se observa que el orador político representa un auditorio pródigo, que está dispuesto a abandonar la agitación social y a asumir el apacible lugar de sumisión atribuido por la instancia gobernante.

Una problemática político-verbal

La praxis política contemporánea no puede concebirse al margen de la actividad lingüística. En ella, la enunciación misma deviene un acto de poder que, intrínsecamente, busca la adhesión del auditorio hacia las ideas expresadas por el orador político. Así, las “palabras del poder” que constituyen el discurso político instauran, a partir de la aceptación de lugares sociales asignados a los interlocutores, una autoridad que se materializa y se legitima verbalmente.

En este marco, el trabajo de legitimación pasa por la elaboración de imágenes discursivas de los participantes del intercambio comunicativo. Estas maneras de representación, entre otros numerosos mecanismos verbales orientados a la persuasión, no sólo juegan un rol cardinal en la fundamentación de la autoridad del orador político, sino también en el consentimiento de

3 F. Heindereich y G. Schaal. *Introduction à la philosophie politique*. Paris: CNRS Éditions, 2009, pp. 327-328.

4 P. Charaudeau y D. Maingueneau, *Dictionnaire d'analyse du discours*. Paris: Seuil, 2002, p. 238.

5 H. Banzer, “Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas”, 1975.

6 Ch. Perelman y L. Olbrecht-Tyteca. *Traité de l'argumentation: La nouvelle rhétorique*. 5ta edición. Bruselas: Editions de l'Université de Bruxelles, 2000, p. 25.

7 C. Mesa, “Discurso de investidura presidencial”, 2004.

su auditorio en torno a la imagen que, desde el poder, se le asigna.

La centralidad verbal en el ámbito político debe entenderse también en una dimensión dinámica, en particular, en lo referente a las posibilidades de generación de nuevas perspectivas de poder que subviertan los lugares preestablecidos por los modelos discursivos precedentes. En este caso, el ímpetu retórico de

los ciudadanos libres genera un “poder de las palabras” que, desde una posición insumisa y de resistencia, proyecta nuevas formas políticas cuyo brío deviene esencial en la evolución de las sociedades y su búsqueda infatigable del bien común.



Michel Foucault: el poder, la verdad, la plebe, los intelectuales y otras reflexiones

Gustavo Pinto Mosqueira

Nos interesa tratar el poder porque sentimos sus efectos, en unos casos, y porque lo ejercemos, en otros, sea la situación y posición social que ocupemos ahora o mañana en la sociedad.

Ser conscientes de esto, nos puede ayudar a utilizarlo para hacer el bien y más libres a los demás. A mayor libertad humana, menos necesario será el uso del poder.

¿Qué es el poder? ¿Es dominación de unos sobre otros? ¿Quién lo tiene y ejerce? ¿A partir de qué instrumentos o estrategias se lo ejerce? ¿Nos gusta el poder? ¿Existe un contra-poder? Si existe, ¿dónde se halla?

Algunas de esas preguntas serán respondidas a partir del análisis y críticas de Foucault sobre el poder y de nuestras reflexiones personales. Una explicación del tema, a partir de la lectura de algunos textos o diálogos de Foucault, es pertinente y esclarecedora. Las ampliaciones a partir de nuestras interpretaciones son de responsabilidad propia. Al final, arribamos a algunas conclusiones que expresan nuestra postura personal.

En el siglo XIX se descubrió el asunto de la “explotación”, pero no del “poder” como tema de estudio. Tal vez por eso, desde entonces y hasta la mitad del siglo XX, la concepción del

poder como dominación no cambió. La sociología marxista legó la idea de que una clase social encaramada en el poder político estatal ejercía dominación sobre otra clase social; por ejemplo, la burguesía (dueña de los medios de producción y del capital) sobre el proletariado (dueño solo de su fuerza de trabajo que la vende al capitalista a cambio de un salario mínimo para subsistir él y su familia). En *El manifiesto del Partido Comunista*, de 1848, Marx y Engels sostienen: “La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas. Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes antagonistas: la burguesía y el proletariado”. Entonces, el poder ejercido por una clase, la dominante, genera opresión sobre otros, los dominados, quienes, a su vez, luchan contra la opresión. Esta forma de entender el poder se hizo común en la tradicional y neoconservadora izquierda europea y latinoamericana, de la cual muchos todavía no se han

zafado. Ellos tienen prisionero su cuerpo y su mente de esta fórmula.

A inicios del siglo XX, a partir de la sociología de Max Weber –pensador que no dejará de ser crítico del socialismo marxista y de la visión materialista de la historia–, expuesta sobre todo en su obra *Economía y sociedad*, se sostendrá que el “poder” genera obediencia en los demás. Ese ilustre sociólogo escribe: “Debe entenderse por ‘dominación’ (...), la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos. No es, por tanto, toda especie de probabilidad de ejercer ‘poder’ o ‘influjo’ sobre otros hombres. Esta dominación o autoridad descansa en diversos motivos de *sumisión*: desde la habituación inconsciente hasta consideraciones racionales con arreglo a fines. Un mínimo de *voluntad* de obedecer se necesita en toda relación de dominación”.

Será Michel Foucault, a partir de los años 60 del siglo pasado, quien volverá a cuestionarse sobre el asunto del poder, relacionándolo con otros factores que lo hacen funcionar y tener efectos en diversos ámbitos. En algunos pasajes de sus diálogos sobre el poder, tiene expresiones como estas:

“Pienso que, por debajo del odio que el pueblo tiene a la justicia, a los jueces, tribunales y prisiones, no hay que ver tan solo la idea de otra justicia mejor y más justa, sino, en primer lugar y ante todo, la percepción de un punto singular en el que el poder se ejerce a expensas del pueblo” (*Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*).

“La prisión es el único lugar donde el poder puede manifestarse en su desnudez, en sus dimensiones más excesivas, y justificarse como poder moral” (ídem).

Siguiendo la línea de Foucault, del poder y su ejercicio, Gilles Deleuze afirma: “Si se considera la situación actual, el poder forzosamente tiene una visión total o global. Quiero decir que las actuales formas de represión, que son múltiples, se totalizan fácilmente desde el punto de vista del poder: la represión racista contra los marginados, la represión en las fábricas, la represión en la enseñanza, la represión contra los jóvenes en general” (ibídem).

“Después de todo, ha sido preciso esperar el siglo XIX para saber lo que era la explotación, pero quizá todavía no sabemos qué es el poder. Marx y Freud quizá no bastan para ayudarnos a conocer eso tan enigmático, a la vez visible e invisible, presente y oculto, ocupado en todas partes, que se llama el poder. La teoría del Estado, el análisis tradicional de los aparatos de Estado, no agotan sin duda el campo de ejercicio y funcionamiento del poder. Actualmente éste es el gran desconocido: ¿quién ejerce el poder?, ¿dónde lo ejerce?” (ibídem).

De ahí que, para Foucault, lo explica Deleuze en su escrito *Foucault*, como metodología para estudiar el poder, hay que considerar estos cinco postulados:

i) El de *la propiedad*, según el cual el poder es algo que posee la clase dominante (es la tesis sostenida por Marx y los marxistas). Pero Foucault afirma que “el poder no se posee, se ejerce. No es una propiedad, es una estrategia: algo que está en juego. Sus efectos no son atribuibles a una apropiación, sino a dispositivos de funcionamiento” (así lo explica Miguel Morey en la *Introducción* a la precitada obra *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, de Foucault y Deleuze).

ii) El de *la localización*, según el cual el poder debe entenderse como poder del Estado. Empero, para Foucault, el “Estado no es el lugar privilegiado del poder; su poder es un efecto de conjunto” (aclaración que hace Morey). Ahora hay que atender a la microfísica del poder: a sus lugares moleculares, que pueden ser, interpreto, los municipios, las regiones, las aduanas en las fronteras, las cárceles, las escuelas, las fábricas, las ciencias, los hospitales, los mercados, ¿y por qué no la familia también?, etc. Porque es ahí, en esos lugares, donde se ejerce el poder y muchas veces de manera dura y desencarnada. Hay que ver a su vez que el poder estatal, centralizado o no, se ha vuelto una red política de poder que se ejerce sobre los ciudadanos de manera burocrática, democrática o autoritaria. Hay, nomás, poderes, como el del Estado; podercitos, como el de los municipios, y podercillos como el que ejerce una ventera sobre vos cuando te vende un

producto en mal estado sin que te des cuenta en ese momento.

iii) El de *la subordinación*, según el cual el poder encarnado en el aparato de Estado estaría subordinado a un modo de producción que sería su infraestructura. Contra esta tesis marxista que tiene que ver con el mecanicismo comunista, Foucault sostiene que hay que “evitar el concepto estrecho de determinación”, “mostrando lo que hay de invento en el modo como se solucionan los problemas infraestructurales. El poder no es una mera sobreestructura. Toda economía supone unos mecanismos de poder inmiscuidos en ella. Hay que abandonar el modelo de un espacio piramidal trascendente por el de un espacio inmanente hecho de segmentos” (lo explica también M. Morey).

iv) El del *modo de acción*, según el cual el poder actúa por medio de mecanismos de represión e ideología: “Éstas no son sino experiencias extremas de poder, que en ningún modo se contenta con impedir y excluir, o hacer creer y ocultar. El poder produce, a través de una transformación técnica de los individuos” (Morey). Este aspecto organizacional del poder hace decir a Foucault que el *poder produce lo Real*. En las sociedades contemporáneas, esa transformación técnica de los individuos, se llama “normalización”, que significa el imperio de lo normal, de la media estadística, de lo que se acostumbra a hacer sin cuestionarlo, y también quiere decir la preeminencia de la “norma” en este ámbito: todo está normado, incluso vigilado. ¿Cuántas leyes y normas no tiene un Estado hoy? ¿Cuántas normas, no tiene una ciudad? ¿Cuántas normas, no tiene una escuela o una universidad? ¿Cuántas normas, no tiene la burocracia estatal? Centenas. Tal vez miles. Y esto limita la libertad de acción de los individuos, obstaculiza la creatividad, la iniciativa personal. Dificulta ejercer un contra-poder efectivo que cambie la situación. El hombre, criticaba Weber, en la sociedad y Estado modernos, “vive en una jaula de hierro”. Las normas hacen de “jaula”. La burocracia hace de “jaula”. La ley hace de “jaula”. El poder lo sentimos por todos lados. Nos afecta. La ley actúa al descubierto; la norma actúa en la sombra y por medio de “los normalizadores competentes”, según Foucault.

Las “escuelas normales” en Francia lo dice todo. Este modelo de escuelas que se replicaron en Latinoamérica tenía la misión de “normar” el comportamiento de los estudiantes a través de la enseñanza con profesores también “normados” en su comportamiento por medio de una formación controlada por el Estado. Las actuales escuelas normales superiores estatales en Bolivia, funcionan de esta manera aún.

v) El postulado de *la legalidad*, según la cual el poder del Estado se expresa por medio de la ley. Pero Foucault piensa que debe ponerse en juego otra comprensión de la ley: entender la ley no como lo que demarca limpiamente dos dominios (legalidad-ilegalidad), sino como un procedimiento por medio del cual se gestionan ilegalismos. “Ilegalismos que la ley permite o inventa como privilegios de clase; o que tolera como compensación, o para recuperarlos en otro terreno en favor de la clase dominante; o bien ilegalismos que prohíbe, aísla y define como medio de dominación. La ley no es un estado de paz (...) sino una batalla perpetua: el ejercicio actual de sus estrategias” (Morey).

Otro de esos lugares donde el poder se ejerce y tiene sus efectos, es también el saber o la ciencia (los enunciados científicos). ¿Qué es lo que rige los enunciados y cómo se rigen unos a otros para constituir un conjunto de proposiciones aceptables científicamente y susceptibles, por tanto, de ser verificados e invalidados por procedimientos científicos? “En suma, es un problema de régimen, de política del enunciado científico. A este nivel se trata de saber no cuál es el poder que pesa desde el exterior, sino qué efectos de poder circulan entre los enunciados científicos; cuál es de alguna manera el régimen interior de poder y cómo y por qué en ciertos momentos se modifican en forma global” (M. Foucault, «Verdad y poder»). Esos diferentes regímenes científicos es lo que Foucault ordena y describe en su obra *Las palabras y las cosas*. Pero en este trabajo y en *Historia de la locura* le faltó tratar el problema del “régimen discursivo”, los efectos del poder propios del juego enunciativo. El autor, en sus diversos diálogos o entrevistas con el tiempo, como en «Verdad y poder», que lo tiene con Fontana, abordará esta problemática.

Así, Foucault dirá que la verdad (*vgr.*, la de la ciencia), no está fuera del poder, ni carece de poder. “La verdad es de este mundo; está producida aquí gracias a múltiples imposiciones. Tiene aquí efectos reglamentados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su ‘política general de verdad’: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hacer funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos (...)” (Foucault, «Verdad y poder», en *Microfísica del poder*, Madrid, 1992, p. 198). En este sentido, el poder puede imponer una mentira o falsedad como si fuera verdadera. Cuántas teorías e ideas, inverosímiles, durante muchos años, a veces siglos, por imposiciones de la autoridad o del poder político, se las aceptó y defendió como si fueran verdades absolutas. Por ejemplo, la teoría geocéntrica de Tolomeo se impuso durante casi un milenio, teniendo como efecto la muerte de aquel que se atrevía a refutarla. De cuántas mentiras, por ejemplo, no está hecha la historia de los Estados o países, que se imponen como verdades históricas a sus habitantes a través de los textos escolares.

En las sociedades contemporáneas, la “economía política de la verdad”, según Foucault, se caracteriza por cinco rasgos históricos centrales: la verdad está centrada en la forma del discurso político y en las instituciones que la producen; está sometida a una constante incitación económica y política (necesidad de verdad tanto para la producción económica sea cual fuere el sistema económico que se tiene —economía abierta o cerrada—, como para el poder político, como cuando se dice “governamos en contra del imperio”, aquí es “el pueblo el que manda”); es objeto bajo formas diversas de una inmensa difusión y consumo (circula en aparatos de educación o de medios de información —periódicos, radios emisoras, ahora la Internet, canales oficiales de televisión o alineados con el oficialismo—); es producida y transmitida bajo el control no exclusivo, pero sí dominante de algunos grandes aparatos políticos o económicos (universidades que se alinean con el poder de turno, el ejército, la escritura, los medios de comunicación masivos como el periódico a través de solicitadas, propaganda, etc.); en fin, es el núcleo de la cuestión de todo un debate políti-

co y de todo un enfrentamiento social (“luchas ideológicas”), sostiene también Foucault.

De manera que, ante las preguntas *qué es el poder, cómo se ejerce y qué efectos tiene*, Foucault sostendrá que ni el marxismo ni la fenomenología, antes bien, solo la genealogía (que es una forma de historia que da cuenta de la constitución de saberes, discursos, dominios de objetos) es capaz de aportar una comprensión de la problemática. El marxismo no lo hace porque explica que es la clase dominante la que ejerce el poder, sin ir más allá en su análisis. La fenomenología tampoco porque constituye y concibe al sujeto aislado de la historia. En realidad, esas corrientes han obstaculizado el estudio y la crítica del poder. Es más, otras nociones como la de “ideología” o la de “represión”, tampoco eran suficientes para tratar el asunto.

Así, desde el término “represión” y sus efectos, se tiene una concepción puramente jurídica del poder; “se identifica poder con una ley que niega; con la potencia de la prohibición. Ahora bien —dice Foucault— creo que hay en ello una concepción negativa, estrecha, esquelética del poder que ha sido curiosamente compartida. Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera otra cosa que decir no, ¿cree usted verdaderamente que llegaríamos a obedecerlo? Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa solo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de como una instancia negativa que tiene por función reprimir” (En «Verdad y poder»).

El poder también se ejerce en el campo político, y lo ejerce el Estado. Se lo ejerce bajo los regímenes comunistas como se lo hizo en la ex URSS o en el régimen fascista de Benito Mussolini en Italia. Como se lo hace hoy en algunos Estados de Latinoamérica, gobernados por regímenes totalitarios de extrema izquierda neoconservadora, bajo una aparente democracia. A lo largo de la historia de los Estados, sus gobernantes se han inventado estrategias para ejercer el poder sobre los sujetos, súbditos o ciudadanos. El “gulag” en la ex Unión Soviética es un ejemplo paradigmático de estrategia para

dominar y aniquilar físicamente al adversario, que se quiso replicar en otros países donde se impuso el socialismo o el comunismo. El gulag, en términos de Foucault, fue un “dispositivo de poder”, cuyo blanco muchas veces es la “plebe”, o un sector importante de lo que algunos llaman “pueblo”.

Otras estrategias de poder han estado vigentes desde mucho antes. En efecto, los grandes aparatos de Estado —el ejército, la policía, la administración fiscal (eso de sacarle impuestos a todo el mundo, de forma legal o por la fuerza), el castigo ejemplar a veces en forma pública, el encarcelamiento, y lo peor, para mí, la escuela o los colegios. (En Bolivia, históricamente, pero sobre todo desde el siglo XX, la educación escolar ha sido utilizada por los gobiernos de turno como un instrumento de poder del Estado para imponer sobre todo una ideología, una visión de hombre, de historia, de sociedad... Es algo que, por supuesto, hay que cambiar por una escuela donde se fomente la libertad, la creatividad, la ciencia, el humanismo, el aprendizaje con alegría, con optimismo: donde los niños no vean que la escuela es un castigo, sino un espacio donde desarrollan sus tipos de inteligencias de manera autónoma, conviviendo en paz y en igualdad de condiciones con los demás; donde se forma una comunidad del saber y de la ciencia.)

De entre aquellas estrategias para ejercer el poder, volvemos a citar, Foucault escribe acerca de la prisión: “La prisión es el único lugar donde el poder puede manifestarse en su desnudez, en sus dimensiones más excesivas, y justificarse como poder moral. ‘Tengo razón en castigar, puesto que tú sabes que está mal robar, matar...’ (Un diálogo sobre el poder...) (O esto otro te pueden decir cuando sos un disidente: “Tengo razón en juzgarte y encarcelarte, porque vos sabés que decir algo contra mí es sedición”. O esto: “Cuestionar mi Gobierno y personalidad es ir contra la Patria; eso es separatismo; eso es violar la soberanía nacional”. O también te pueden prejuizar: “Eso es neoliberalismo; sos un liberal, un vende patria; por eso te persigo políticamente”. O: “La autonomía es separatismo”. O esto otro: “Pedir federalismo es sedición contra el Estado”). ¡Caramba, en cuántos discursos se apoya el ejercicio del poder, en este caso, del Estado! Ejercicio que

va acompañado, muchas veces, de lo que Weber llama, “la violencia física legítima”. Y logra sus efectos; porque los disidentes, o son exiliados, o son encarcelados; en muchas ocasiones, han sido mandados al paredón.

Deleuze, siguiendo la línea de Foucault, amplía en el diálogo cuáles son los otros lugares donde se ejerce el poder, afirmando: “No sólo los prisioneros son tratados como niños, sino que los niños son tratados como prisioneros. Los niños sufren una infantilización que no es la suya. En este sentido es cierto que las escuelas son un poco prisiones, y las fábricas mucho más” (*Un diálogo sobre el poder...*). Vamos a insistir en nuestras reflexiones sobre la escuela en Bolivia: ésta no puede seguir siendo vista como una estrategia del gobernante de turno para imponer una doctrina, un régimen, el culto a una personalidad, al “jefe”, o una sola cosmovisión. Queremos escuelas que sean una continuación en educación en valores que las familias queremos y exigimos para nuestros hijos que éstos no la sientan como una “prisión”, llena de reglas y normas hechas para “castigar y vigilar”; que sean espacios donde se vaya a aprender mejor a convivir en grupo, donde se estudie y aprendan las ciencias, apreciando lo que otros han dicho sobre la naturaleza, el hombre, la historia, la sociedad, la cultura; donde se fomente la música, las visitas a los museos, a los parques, etc.

Ahora bien, ante esas formas de ejercer el poder, ¿es posible el ejercicio de un *contra-poder*? ¿Quién puede ir en contra de ese poder que funciona, que normaliza, que castiga, que reprime por diversos medios o estrategias, que impone verdades o mentiras como si fueran verdades para todos?

Foucault reconoce que no se puede estar nunca “fuera del poder”, pero esto “no quiere decir que estemos atrapados de cualquier forma (En *Poderes y estrategias...*). Hipotéticamente sostiene:

—que el poder es coextensivo al cuerpo social; no hay entre las mallas de su red playas de libertades elementales;

—que las relaciones de poder son intrínsecas a otros tipos de relación (de producción, de alianza, de familia, de sexualidad), en las que juegan un papel a la vez condicionante y condicionado;

-que no obedecen a la forma única de lo prohibido y el castigo, sino que tienen formas múltiples;

-que las relaciones de poder “sirven”, en efecto, pero no porque estén al “servicio de” un interés económico dado primitivo, sino porque pueden ser utilizados en sus estrategias;

-que no hay relaciones de poder sin resistencia, que éstas son más reales y eficaces en cuanto se forman en el lugar exacto en que se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no debe venir de afuera para ser real, no está atrapada porque sea la compatriota del poder. Existe tanto más en la medida en que está allí donde está el poder; es, pues, como él, múltiple e integrable en otras estrategias globales (ídem).

Una de esas *resistencias* al poder se encuentra, según Foucault, en la “plebe”, mejor, en que “hay” plebe (porque “la” plebe no existe), “Hay plebe en los cuerpos, en las almas. La hay en los individuos, en el proletariado, la hay en la burguesía, pero con una extensión, unas formas, unas energías y unas irreductibilidades diversas. Esta parte de la plebe es menos el exterior del poder que su límite, su envés, su contrapunto; es la que responde a cualquier avance con un movimiento para deshacerse de él; es, pues, lo que motiva cualquier nuevo desarrollo de las relaciones de poder” (ibídem). La plebe puede ser reducida de tres maneras: o por dominio efectivo; o por su utilización como plebe; o, cuando ella misma se fija según una estrategia de resistencia. “Tomar este punto de vista de la plebe que es el del envés y el límite con relación al poder es indispensable para hacer el análisis de sus dispositivos; a partir de ahí puede comprenderse su funcionamiento y sus desarrollos” (En *Poderes y estrategias...*, p. 93).

En *El sujeto y el poder*, Foucault también identifica otras formas de resistencia al analizar las relaciones de poder. Esas formas se dan en una serie de oposiciones desarrolladas en los últimos años, como ser: “La oposición del poder del hombre sobre la mujer; la de los padres sobre los niños; la de la psiquiatría sobre la enfermedad mental, la de la medicina sobre la población; la de la administración sobre la forma de vivir de la gente”; estas “luchas son

antiautoritarias” y todas ellas tienen en común algunos aspectos, entre otros, estos:

Son luchas transversales, esto es, no están limitadas a un solo país ni están confinadas a una forma política o económica particular de gobierno.

El objetivo de estas luchas son los efectos del poder en sí. Una profesión, como la contabilidad, no solo es criticada por la imposición administrativa, sino por la forma como controla la vida de los individuos a través de los impuestos que les cobra.

Son luchas inmediatas porque la gente cuestiona las instancias de poder que están más cercas de ellas y son luchas que se refieren no al enemigo principal, sino al inmediato, y son luchas que tampoco esperan solucionar los problemas en un futuro preciso.

Son luchas que cuestionan el estatus del individuo: “...por un lado, afirman el derecho a ser diferentes y subrayan todo lo que hace a los individuos verdaderamente individuos; por otro, atacan a lo que separan a los individuos entre ellos, lo que rompen los lazos con otros, lo que rompe con la vida comunitaria” (En *Sujeto y poder*).

Son luchas contra los privilegios de conocimiento; pero son un oposición contra el secreto, la deformación y las deformaciones mistificadas (o “cientistas”) impuestas a la gente. Ahora bien, tampoco es un rechazo escéptico, relativista de cualquier verdad verificada. “Lo que se cuestiona es el modo en que el conocimiento circula y funciona, sus relaciones con el poder. En otras palabras, se critica el *régime du savoir* (régimen de saber)” (ídem).

Por último, todas estas luchas giran en torno al asunto: “¿Quiénes somos nosotros?” “Son un rechazo a las abstracciones de la violencia económica e ideológica [cuánta de esta violencia no hemos vivido en la última década en Bolivia cuando se nos miente oficialmente diciendo que la inflación el año X fue el 8%, pero que en realidad fue el doble, violencia de la cual son cómplices los mismos dirigentes obreros que afirman defender los intereses de los trabajadores; y ni qué se diga de la violencia ideológica, cuando, por ejemplo, a los cruceños autonomistas se los tilda de separatistas o de oligarcas],

que ignoran quienes somos individualmente como también son un rechazo a la inquisición científica y administrativa que determina quien es uno. Para concluir, el objetivo principal de estas luchas no es atacar tanto a tal o cual institución de poder, grupo, clase, sino más bien a una técnica, a una forma de poder” (ibídem).

En relación al poder y la verdad (científica), hoy ejercen el poder porque tienen esa verdad, no los “intelectuales universales”—aquellos que en el siglo XVII y XVIII lucharon contra los abusos del poder en nombre de los derechos humanos y de la igualdad ante la ley, o aquellos escritores que se percibían portadores de la justicia y del bien de la humanidad—, sino los “intelectuales específicos”, es decir, los expertos o peritos en una ciencia en particular (como los físicos en tiempos de la construcción de la bomba atómica, o los ingenieros informáticos en tiempos de Internet, o los comunicadores sociales en tiempos de las nuevas tecnologías de la información), pero que están al servicio de la política o del Estado, o de algún sistema de producción de bienes económicos. Son éstos los que ejercen el poder en un campo específico o área especial del conocimiento a favor de la administración privada o pública. Éstos son los que crean dispositivos de poder que construyen a los sujetos individuales, o mejor, “hacen” a los sujetos lo que éstos muchas veces no quieren ser.

Hoy, muchos, sino casi todos, no somos sujetos constreñidos a nuestra propia identidad, conciencia y a nuestro autoconocimiento. Antes bien, son o somos “sujetos” a otro control y dependencia. Muchos, sino casi todos, trabajamos para otros; pensamos lo que otros (generalmente los que tienen el poder económico y político) nos dicen que pensemos; hacemos cosas como otros quieren que las hagamos; aprendemos lo que otros quieren que sepamos; practicamos la sexualidad como otros quieren que lo hagamos o no lo hagamos; comemos lo que otros nos indican que comamos; usamos unos espacios públicos regulados por normas que cada uno de nosotros no hemos hecho; en fin, el poder y sus efectos lo sentimos sobre nuestro cuerpo, mente y conciencia. “Nuestro espíritu casi que no es el nuestro”, no es el verdadero, el auténtico, el que quisiéramos tener si fuéramos libres. Somos en gran parte productos de procesos normalizados o de dispositivos de poder.

Ante esto, ¿dónde puede radicar un contrapoder, una oposición real al poder, una resistencia efectiva ante los efectos del poder? Primero, solamente en nuestra propia *subjetividad*, acompañado de nuestra libertad y de nuestra capacidad de pensar y reflexionar. Segundo, estas capacidades, conscientes, nos llevarán a cuestionar dispositivos de poder y saber opresivos y autoritarios, y a construir formas de vida, de convivencia, de educación, de trabajo, de familia, más abiertas, dinámicas, humanistas, saludables, sean individuales o grupales; maneras de estar en un espacio urbano menos controlado y normalizado, menos vigilado por los aparatos ideológicos y opresivos del Estado.

No hay duda de que necesitamos menos ejercicio del poder sobre nuestras almas. Menos Estado. ¿Para qué? Para “hacernos a nosotros mismos libremente” según nuestras *posibilidades de ser*. Los sistemas sociales, culturales, económicos y estatales deberían instituirse en función de vivir y “hacernos” según nuestra libre subjetividad como individuos. *La fuerza y la resistencia al poder, entonces, está en nuestra propia subjetividad*: aquí está la energía de poder cambiar las cosas y las relaciones de poder que nos controlan, vigilan, castigan, normalizan, subjetivizan en determinada dirección. De cada uno de nosotros depende dejar de sentir los efectos del poder y de ciertas “verdades” que nos imponen y nos enajenan el alma.

En la energía del niño hay contrapoder. Si los niños pudieran protestar y hablar en las escuelas y en las familias, el sistema educativo cambiaría y las relaciones padre-hijos también. En la energía de los jóvenes hay un contrapoder y pudiera haber muchos Mayos del 68’ si los jóvenes tuvieran más participación social y política. En la energía de los profesionales, ese contrapoder que existe pudiera transformar la vida social si éstos dejaran de alinearse menos con el poder político estatal y fueran más independientes, menos militantes de cierto tipo de partidos con tendencias y actitudes autoritarias. En muchos otros sectores y segmentos sociales hay también energía para hacer bien las cosas, destruir más dispositivos de poder y cambiar la sociedad, creando más espacios de libertad y procesos de liberación. Por tanto, la *subjetividad es el contrapoder real y verdadero*, en ella está la

posibilidad de cambiar las relaciones de poder opresivas y deshumanizadoras. No hay voluntad general si esa voluntad de poder no está ni habita primero en la subjetividad de cada ser

humano. ¡En vos y en cada uno de nosotros está el contrapoder y el deseo de cambiar las cosas, los sistemas o regímenes!

El poder, la bestia maquiavélica frente a la potencia frommiana

Carolina Pinckert Coimbra

El poder resulta ser un valor o una cualidad ciertamente intangible y subjetiva con la capacidad de desembocar en resultados, situaciones y relaciones totalmente concretas entre individuos.

Es un artilugio mágico que no depende de una apariencia física particular, origen étnico específico, sexo, tenor de voz o demás cuestiones intrascendentes, sino más bien de una virtud adquirida a través del tiempo y de habilidades claramente estratégicas. Estudios han relacionado el poder con la riqueza, la fama, la belleza y con una vida social muy activa.

Indagando sobre su etimología, el término “poder” proviene del latín *potere*: ser capaz. La raíz de la palabra es *poti*, que significa marido, señor, amo, del griego *posis*, marido; de allí *des-potes* (déspota), originalmente el señor de la casa, del *domos* (en griego) y *domus* (en latín), de donde deriva de *dominus* (dominar). Nótese el carácter patriarcal o, más bien dicho, machista del origen etimológico del término. Por otro lado, el poder, en su acepción más amplia, puede ser definido como mera potencialidad; no el hacer, sino la capacidad de hacer. El poder es potestad, poderío, prepotencia, preponderancia, dominio, mando, privilegio, superioridad y (en cierta forma) negación. El diccionario de la Real Academia Española en su primera acepción indica que poder es “tener expedita facultad o potencia de hacer algo”.

Por poder se entiende cada oportunidad o posibilidad existente en una relación social que permite a un individuo cumplir su propia voluntad.

Max Weber

Nicolás Maquiavelo, quien llegó a elaborar un curioso y efectivo manual sobre el poder, *El Príncipe*, considera al poder como la capacidad de un gobernante —o Príncipe— de vencer a sus adversarios, dominar sus súbditos, y perpetuarse en ese estado. Y, para conseguir estos objetivos, cualquier medio era justificado, por el fin a que se destinaba. Por ello se podía considerar a cada persona como un valor numérico en función de cuán útil podía ser para un fin específico. En consecuencia, el poder político es un sub-producto del poder bélico.

Por lo tanto, el Príncipe debía prepararse y crecer en conocimiento para dominar las artes de las tácticas políticas y bélicas para obtener, preservar y expandir su poderío. Entonces, para Maquiavelo, el poder no es algo innato, sino adquirido.

He enseñado a los príncipes a ser tiranos, pero he enseñado a los pueblos a destruirlos.

Nicolás Maquiavelo

Sin embargo, si nos entramos en cuenta al aspecto de *potencia* referido en el origen etimológico de la palabra poder, Erich Fromm tiene una idea totalmente distinta, idealista y, hasta cierto punto, espiritual al respecto. Para este filósofo y psicólogo, la potencia es una energía existente e irrevocable dentro del ser humano, cuyo fin es expresarse y expandirse de manera virtuosa a través de las acciones individuales dentro de la convivencia con los demás.

En su libro *El arte de amar*, Fromm da un significado generoso a la potencia del ser hu-

mano, expresando: “¿Qué le da una persona a otra? Da de sí misma, de lo más precioso que tiene, de su propia vida. Ello no significa necesariamente que sacrifica su vida por la otra, sino que da lo que está vivo en él —da de su alegría, de su interés, de su comprensión, de su conocimiento, de su humor, de su tristeza—, de todas las expresiones y manifestaciones de lo que está vivo en él. Al dar así de su vida, enriquece a la otra persona, realza el sentimiento de vida de la otra al exaltar el suyo propio. No da con el fin de recibir; dar es de por sí una dicha exquisita. Pero, al dar, no puede dejar de llevar a la vida algo en la otra persona, y eso que nace a la vida se refleja a su vez sobre ella; cuando da verdaderamente, no puede dejar de recibir lo que se le da en cambio. Dar implica hacer de la otra persona un dador, y ambas comparten la alegría de lo que han creado. Algo nace en el acto de dar, y las dos personas involucradas se sienten agradecidas a la vida que nace para ambas. En lo que toca específicamente al amor, eso significa: el amor es un poder que produce amor; la impotencia es la incapacidad de producir amor”.

Sin embargo, Fromm reconoce que esta *potencia* no se llega a evidenciar en todos los individuos, sino más bien se reprime y se convierte en algo malvado y nocivo hacia el entorno, pues el hombre puede tener dos razas, de lobo o de cordero, y ha descubierto la capacidad de destrucción y violencia que tiene en sus manos y en sus obras. ¿Y qué puede definir a qué raza pertenecerá un individuo? Pues Fromm determina

que la voluntad del hombre siempre ha sido de placer; entonces, la clave de la tiranía o de la bondad sería el cómo el individuo conceptúa el placer y cómo se propone a obtenerlo.

Y ése es el punto de partida donde cada uno de nosotros nos encontramos al inicio de nuestras vidas, donde el camino se bifurca, donde una ruta nos puede construir como bondadosos y virtuosos dadores de amor, y la otra nos promete convertir en poderosas e inminentes bestias maquiavélicas.



Reflexiones acerca del poder

Blas Aramayo Guerero

Esbozo

El humano, naturalmente, tiende a poseer poder. Tiene un afán de dominio sobre lo que le rodea, sean cosas o personas. Basta ver su comportamiento inter familia y social: busca que le obedezcan. En lo social, busca presidir las instituciones, desde las más simples hasta las más complejas, actitud que lleva implícita el deseo de dominio, con apariencia de servicio casi siempre, siendo, entonces, un deseo solapado, encubierto, de modo que los demás no se den cuenta de sus verdaderas intenciones que son la satisfacción de sus ambiciones personales.

El significado del vocablo *poder* es extenso, amplio, complejo: abarca todo el quehacer humano. Conforme al criterio que se maneja en política, por ejemplo, tener poder es tener dominio sobre los demás ciudadanos, instrumentalizando medios de control social. La historia es historia del dominio, en algunos casos absoluto, relativo en otros, de pueblos y hombres, casi siempre, por medios violentos y, muy rara vez, por medios pacíficos. Consolidada la autoridad, surgieron problemas internos marcados por la diferencia de raza, idioma y condición social, entre otros. Los conquistadores impusieron sus normas y costumbres a los conquistados en remplazo de las suyas propias. Recordemos que, al término de la Segunda Guerra Mundial, las potencias aliadas se distribuyeron hegemónicamente el mundo.

Manifestaciones internas

En tiempos actuales, todos los pueblos declaran haber adoptado el sistema democrático de gobierno local. La democratización de los países europeos fue paulatina. En palabras de Luigi Preti, Gran Bretaña y Francia fueron los países que mayor empeño pusieron en aplicar los principios de la democracia política, pero sin abandonar sus

tendencias colonialistas de tipo imperialista, que constituía una práctica del poder contraria a la democracia. Entretanto, los mejores ejemplos de Estados totalitarios despóticos fueron los instaurados bajo la doctrina marxista, concebida como la dictadura del proletariado que desembocó en el Estado Socialtotalitario de Stalin, caracterizado por el “potenciamiento y la concentración de las funciones estatales, así como el firme control del Estado sobre la sociedad”. Además, Stalin se oponía al desarrollo de las repúblicas que componían la Unión Soviética, exacerbando el estatismo con la concentración del poder en la capital Moscú.

En algunos países latinoamericanos que han tratado o están tratando de imitar el ya fracasado y superado socialismo totalitario soviético staliniano, entrado el siglo XXI, distorsionando los principios del sistema democrático, pretenden acabar con su principal característica: la diversidad de opiniones como expresión de la libertad del individuo. En estos países, intencionalmente, se ha sobredimensionado el concepto de poder, no obstante reconocer la soberanía del pueblo, y que éste les ha delegado parte de la misma para que administren los bienes que son de todos, por lo que consideran hallarse por encima de sus mandantes. De este modo, realizan una división maniquea del pueblo en mayorías y minorías, manipulando a la mayoría y negando oportunidades a la minoría.

Un claro ejemplo de lo anterior es el Gobierno de Bolivia que, para lograr una mayoría inexistente, con pregones vacíos de contenido verdaderamente patriótico, ha logrado reunir sectores distantes entre sí como la clase media del altiplano y los indígenas del llano (amazónico y chaqueño), tales como “revolución democrática y cultural”, “cambio”, “descolonización”, “el gobierno de los movimientos sociales”; asimismo, los campesinos han sido constituidos bajo

el denominativo de “movimientos sociales”, cuya principal función es la de bloquear ciudades y tomar instituciones para acabar con los disensos provenientes de las minorías. Es preciso apuntar que los movimientos sociales son una multitud informe que remplaza a los antiguos “sindicatos agrarios”. Asimismo, bajo un concepto parcializado de “bolivianidad”, peligrosa y temerariamente divisionista, el Gobierno sostiene que “el estado debe apuntalar un ‘capitalismo andino’ en el que se articulen todos los tipos de economía”, en detrimento del Oriente boliviano, calificado como la “locomotora de Bolivia”. Al pretendido capitalismo andino se añade la nueva burguesía *cocani* o cocalera cochabambina, proveedora, según informes de innegable crédito, de materia prima al narcotráfico, al que ellos controlan.

Ramificaciones del poder

El Gobierno en Bolivia detenta el poder absoluto. No hay cabida para la minoría opositora, ni siquiera para los que disienten mínimamente. Controla y maneja los cuatro órganos de poder, incluyendo el Tribunal Constitucional. Amparado en esa omnipotencia, ha declarado pública enemistad con los medios de información, con la Iglesia católica, especialmente con los medios que hacen investigación. El mecanismo utilizado para silenciar las voces disonantes es el coercitivo penal, siendo que el derecho penal es para el hombre y no a la inversa, según nuestra cultura, que reconoce la autodeterminación del hombre. El derecho penal no puede ser utilizado como medio represivo toda vez que es sobre todo liberador y garantista para el ser humano. Todo ciudadano, jurista o no, debe pugnar por un derecho penal que trate de posibilitar la coexistencia, que es la única forma de existencia.

Preti dice que “es incorrecto que los representantes interpreten el interés nacional como ellos mejor crean, sin atender a las orientaciones de los propios electores y en concreto al modo en que estos últimos —y los partidarios en los cuales se agrupan— muestran entender el interés nacional”. En Bolivia, este es el caso de la última consulta sobre la continuidad del presidente y del vicepresidente en la que perdió el “Sí”, y que llevó al gobierno a tomar represalias contra los

funcionarios públicos considerados traidores, creyendo que son trabajadores del gobierno cuando en realidad el funcionario público es trabajador del Estado, y el Estado lo constituyen todos los habitantes y estantes del país. ¿Dónde acudir en resguardo de los derechos conculcados? Internamente, a ninguna instancia del Estado, toda vez que el poder del gobierno es absoluto, dominando los cuatro órganos: Legislativo, Ejecutivo, Judicial y Electoral, además del Tribunal Constitucional Plurinacional. En la democracia en los países socialtotalitarios de nuevo cuño, la lógica del poder pasa a ser un hecho de vida.

Sin duda que el poder es importante en el desarrollo de los pueblos y la autorrealización personal del individuo; pero no puede degenerar en arbitrariedad, no puede ser producto de la ambición, del odio, del resentimiento de quien posea el dominio. Debe tenerse presente que el poder en democracia es mandato que emerge de la soberanía del pueblo o, mejor dicho, de cada uno de los ciudadanos que, aunque no gane su elegido, conserva su soberanía personal y decisional, no ha resignado ninguno de sus derechos para que los mandatarios dispongan de ellos discrecionalmente ni bajo ninguna forma que no sean las previstas en las leyes, las que a su vez constituyen el contenido del mandato que los mandatarios juran obedecer de manera irrestricta, aunque, en los hechos, esto es lo primero que olvidan los mandatarios. A las leyes están sometidos tanto gobernantes como gobernados, es decir, mandantes y mandatarios, y, lo que es peor, éstos (mandatarios) se ponen por encima de aquellos (mandantes), siendo que están, por haberse puesto voluntariamente en esa condición, para obedecerles y garantizarles la vida y seguridad en sus personas y bienes. A tiempo de otorgar el mandato, el pueblo mandante se reserva el derecho de revocarlo por los medios legales, o ilegales en caso de haber los mandatarios perdido legitimidad por actos con significado lesivo al mandato, sea por incumplimiento del mismo mediante atentados personales a través de los diversos órganos de control social (ministerio público, policía, jueces), sea por contravenir la Constitución y las leyes.



Locura y poder, un encuentro sincero

Andrés Canseco Garvizu

Los que no dijeron: "El Estado soy yo", lo pensaron y creyeron como el que lo dijo.

Juan Bautista Alberdi

Los siglos han recordado a hombres con poder que, con acciones más o menos nobles y decentes, supieron usar el poder para fines buenos; sin embargo, frente a aquellos que han infringido terror, calamidades y abuso, aquellos que se han regocijado con el luto y el dolor, aquellos que han tomado lo ajeno amparados en su título o en su fuerza, la proporción es ridícula. Está claro que no podemos existir en un mundo sin estructuras, jerarquías y hasta élites. De lo que se trata es de distinguir cuándo estas relaciones se dan por acuerdos, voluntades y méritos; o cuándo son generadas por imposiciones, presiones y temor; en qué casos son vínculos temporales sujetos a revisiones o en cuáles son permanentes y no admiten cuestionamiento alguno.

Los promotores de la autosuperación —entre otros— nos han vendido una imagen soñadora: esa de que el poder se alcanza ascendiendo, que es como una larga cuesta, en la que los peldaños que se van pasando son la muestra de cuánto se está obteniendo. No obstante, juzgo conveniente mencionar que eso, probablemente, no sea más que una gran mentira, una fábula para venderla a los inocentes de alma leve. El poder real, ése que quisieran muchos, por más humanistas, libertarios, anarquistas o fraternales que se declaren, se encuentra escarbando, metiendo las manos en el barro y la basura del mundo, pactando suciamente, prendiéndole velas a Dios y al Diablo, aprovechando el caos, dolor y necesidad ajenas, engañando a los que se conoce y a los que no.

Un apunte para la reflexión: ¿qué otra búsqueda que no sea el poder genera tantos enfrentamientos, conspiraciones, muertes y excesos en el mundo? Planificaciones que alcanzan décadas, peleas de costos altísimos, y el desdén

por la razón y la compasión son algunos de los efectos y consecuencias de luchas por poder. Para fortuna de los que han obtenido ese poder, éste no es exclusivo ni escaso; las relaciones de poder se entretajan en numerosas redes de intercambio y conveniencia. De este modo, es posible entender que los poderosos que más perduran no son necesariamente los que entran en batallas con los otros, sino los que aparentan distinguirse y saben repartir o turnar la potestad para dominar.

La relación locura-poder es gradual y, en cada mortal, guarda matices singulares; poder mandar y decidir sobre destinos ajenos es algo que tiene tanto escenarios como colores. Los ritualismos y la parafernalia complementan la locura. Así, una bota militar, un distintivo, un traje más costoso o hasta una vulgar credencial crean en la mente del que manda una mentalidad que desea sumisión, que ansía que su voz retruene en los muros y en las mentes de quienes están a su servicio. Las líneas de Sábato son demoledoras: "Porque nadie siente tanto desdén por los pobres diablos como los pobres diablos con uniforme".

Pero no basta con distintivos; el ser con poder empieza a degustar homenajes, aplausos, reconocimientos y actos oficiales: es extravagante. Recordarles que tan solo son una ínfima parte del universo y que su tiempo no es más que un suspiro, es algo que puede enfurecerlos. Los individuos que alcanzan gran poder detestan mostrarse débiles, pues no es algo que mostraría su lado humano, así como admitir que se han equivocado en alguno de sus mandatos. Siempre hay un subalterno o súbditos que deberán pagar por los errores y por los excesos; a veces con dinero, otras con sangre. Porque ni siquiera la dignidad, la libertad o la vida de otros pue-

den ser motivo de freno para ese poderoso que ya ha extraviado su cordura. Por supuesto que esto se ha disimulado un poco con los modelos republicanos y con el reconocimiento de derechos y garantías, pero la vigilancia constante nos muestra que ese loco embriagado de poder se renueva y reinventa acorde a los tiempos: no hay guillotina y horca, pero hay cárceles y persecución; no hay una Roma incendiándose, pero hay sociedades llevadas a la ruina por turbias ambiciones y caprichos.

“El poder tiende a corromper, el poder absoluto corrompe absolutamente”, reza la archiconocida y acertada sentencia de lord Acton. Lo que ese pensador olvida decir es que el poder se alimenta mientras se corrompe, nunca es ino-

cente, es insaciable. Para un poder que convive y existe gracias a la locura, solo queda la opción de limitarlo. Asumir los ideales de resistencia, de rebeldía, desobediencia, tienen como factor común la postura del hombre oponiéndose al poder enloquecido, estableciendo –como señala Camus– un límite, una frontera. Por eso, desde la trinchera del hombre que genuinamente aprecia la libertad, no hay una aventura por gobernar, ni un proyecto normativo; el temperamento que cede en pro de buscar el poder ha caído en la tentación de regir se ha traicionado, o sencillamente nunca existió.



El poder del Estado. ¿Límites o desmantelamiento del mismo?

Luis Christian Rivas Salazar

Una de las enseñanzas de *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, es comprender que en democracia nosotros no gobernamos, son pocos los que gobiernan; los demás son gobernados. Los gobernados ejercitan de vez en cuando el juzgamiento en las elecciones para elegir nuevas autoridades, un momento de juzgamiento que necesita de normas e instituciones que prevean que puede entrar en el gobierno el peor de los gobernantes. Así funciona el Estado de Derecho.

Imponer límites al poder del gobernante siempre ha sido una tarea difícil, porque la naturaleza y esencia misma del Estado no lo permite. Hoy en día, los liberales de todo el mundo sienten la tiranía del estatismo incluso donde se creía que había sido más profundizado. Entonces conviene analizar por qué no se puede limitar ese poder político, ya sea en un régimen autoritario o en una democracia liberal.

Origen del Estado: origen bélico y violento

No creemos, como fundamentan algunos teóricos, que el origen del Estado se haya realizado mediante la firma de un “contrato social”, de manera pacífica y civilizada, para la aceptación de todos los involucrados en el territorio asignado con ese fin. Si algún momento se reunieron las asambleas constituyentes, fue después de una guerra, ya sea de conquista o de independencia.

Entonces, el origen del Estado surge fruto de la violencia, esto nos dice la “teoría predatoria del origen del Estado”, la cual nos indica que las tribus, ciudades pequeñas, clanes familiares, pueblos u hordas fueron en un principio azotadas por depredadores rapaces y conquistadas mediante las armas para luego someterse a un grupo de bandoleros mejor organizados militarmente, quienes, luego de conquistarlos,

pactaron protección por sometimiento, servidumbre y tributos; así, el jefe de la pandilla pasó a llamarse rey y sus secuaces se denominaron barones, condes, etc.

La historia de la humanidad es la historia de la conquista y nacimiento de Estados a partir de la violencia. Francia no se denomina así por los godos que vivían en ese territorio, sino por los francos. El Imperio inca dominó a los demás pueblos mediante la conquista sea por la persuasión, o sea por las armas, lo mismo que todos los imperios en la tierra. Así surge y se legitima posteriormente el Estado, ocupando los territorios que se estratifican de acuerdo al poder, soberanía y habitantes.

Dominio constante del Estado a través del tiempo: ideología

Ese poder político del Estado se legitima durante el tiempo gracias a diversas teorías de personas que, de alguna manera, deben favores y privilegios al Estado, pensadores oficiales del gobierno que justifican los motivos de por qué se debe obedecer al gobernante. Desde Maquiavelo hasta Hegel, las plumas se vendieron para teorizar sobre el porqué se gobierna y el porqué se obedece al Estado. De esta manera, tanto el príncipe recibía consejos para obtener y mantener el poder, como los demás eran testigos que la materialización de ese espíritu absoluto era la encarnación del Estado y su gobernante.

La ideología estatista es dogmática y contraria al ideal de libertad. Mientras las ideologías no aceptan críticas, los ideales aceptan la crítica y están sujetos a la refutación. Esa es la diferencia entre ideología e ideales. Los ideólogos del Estado no aceptan los cuestionamientos sobre la existencia y necesidad del mismo; esto se transmite a todos y permanece como dogma indiscutible.

Legitimidad del Estado: obediencia política, amenaza coercitiva, adoctrinamiento, falsa legitimidad

Ese Estado de reciente nacimiento histórico funda su poder en la aceptación voluntaria y acrítica de los ciudadanos: siempre fue así,

siempre será así... También, se sustenta en factores de miedo, porque la desobediencia se castiga con pérdida de libertad o vida, lo que origina aceptación por debilidad física, moral e impotencia, algo que se puede resumir en el título de una magnífica obra de Herbert Spencer: “El individuo contra el Estado”

El estatismo centraliza el poder que estaba disperso y era fragmentario para asumir soberanía. El emperador o rey luego se denomina presidente; los municipios y sus alcabalas persisten como representantes del poder y control central para ejercer monopólicamente ese poder. Así, el uso monopólico de la fuerza y coacción descansa en el Estado, tal como fue tratado por Max Weber. Nadie más puede detentar ese poder en esas tierras que no sea el Estado, que destruye castillos, símbolos de poder local, consigue que los aristócratas desaparezcan, sometiéndolos a los mandatos de funcionarios públicos escogidos a dedo, desde las personas más dóciles hasta quienes pueden cometer cualquier delito solo por lealtad; después, se destruirán las iglesias locales, la autoridad religiosa y moral de cada pueblo, que fueron sustituidos por jueces y policías inmorales y peligrosas. Ahora, estamos asistiendo a la pérdida de la autoridad paterna, el *pater familias* y su poder, porque se va relativizando la institución tradicional de la familia como núcleo de la sociedad, gracias al lobby feminista y el colectivo gay, que imponen normas de corrección política, que implican la divulgación de la educación sexual desde la relatividad moral.

Este dominio de la moral y del derecho relativizados no se debe gracias a las ideas de la libertad, como aseguran algunos confundidos “liberales”, sino al dogma de la corrección política impulsado por marxistas culturales, desde Gramsci hasta la perniciosa Escuela de Frankfurt, quienes, al ver que los proletarios del mundo no se unían, decidieron romper y destrozarse los fundamentos de la sociedad occidental, la cultura de la sociedad burguesa, desde la religión hasta la sexualidad.

El poder del Estado se hace doctrina, y se repite y repite. Las personas aceptan como obvio que la responsabilidad de la pobreza cae sobre el capitalismo y no así sobre el Estado,

y se sumergen en el paternalismo de quienes gobiernan, que no solamente pueden controlar la libertad de locomoción, sino también la libertad de pensamiento y expresión. Los liberales han luchado durante muchísimos años para que el Estado respete y deje de violar las libertades políticas, pero se han olvidado de defender las libertades económicas. Tanto es así que aceptan con resignación el cobro de tributos, aranceles aduaneros, licencias, permisos, confiscaciones, embargos y remates como algo normal, incluso necesario para el sostenimiento de una clase parasitaria que vive a costa de los contribuyentes, empresarios privados sean pequeños, medianos o grandes que no reciben favores, privilegios, monopolios o subvenciones de la clase gobernante.

Fines del Estado: dominio y lucro ilegítimo

Entonces, quienes obtienen, mantienen y aumentan el poder político no ingresan con el fin de administrar la polis de la mejor manera posible, sea mediante criterios administrativos de eficiencia, eficacia y economía. Como sus afanes son políticos, solo cuenta permanecer en el poder, porque esto permite el aumento de riquezas e imposición de intereses personales; el reto consiste en que los demás asuman como suyo lo que es netamente corporativo.

Entonces, el Estado es una fuente de negocios que se han venido a denominar capitalismo de Estado, mercantilismo, populismo económico, clientelismo político, donde un grupo de empresarios, compadres, amigotes, hacen negocios con los encargados gobernantes para beneficiarse mutuamente de sobreprecios, tráfico de influencias, coimas, comisiones, etc.

Por eso es necesario que el Estado controle, vigile, supervise, maneje, todos los aspectos de la economía. Los Estados, mientras más socialistas son, mas réditos económicos tienen para los empleados públicos por concepto de autorizaciones, permisos, licencias, patentes, actualizaciones, etc., fuentes de ingresos extrajudiciales que permiten que los funcionarios estén contentos no por su sueldo, sino por los ingresos extras que pueden obtener y que les benefician. Por eso podemos ver que existen dirigentes universitarios que se quedan décadas

en la dirigencia y gobernantes que buscan prorrogarse en el poder.

Tamaño del Estado: difícil de prever

Hasta aquí los lectores perspicaces habrán entendido que no entendemos como Estado a todos los ciudadanos que habitan un país, sino solamente aquellos que detentan el poder. No todos somos Estados; solo los que gobiernan y reciben sueldo de las arcas públicas conforman el Estado.

Esto lo comprende cualquier liberal, liberal clásico, minarquista, paleoliberal, ordoliberal, libertario y anarcocapitalista, porque es importante para todos estos establecer de qué tamaño debe ser el Estado; mientras los liberales clásicos abogan por un Estado mínimo, los anarcocapitalistas abogan por la desaparición completa del Estado y el mantenimiento del mercado competitivo, la empresa, propiedad y derecho privado como rectores de una sociedad basada en la coexistencia pacífica y la libre voluntad de las personas.

La existencia mínima del Estado implica otorgar los servicios de justicia, seguridad interna y externa e infraestructura pública como únicas labores del Estado, mientras que los anarcocapitalistas indican que incluso estas tareas deben ser privatizadas. Pensadores como Jesús Huerta de Soto han transitado del liberalismo clásico al anarcocapitalismo, convencidos de que el Estado tiene un cáncer dentro de sí, y este es la existencia del mismo Estado, no importa que se llame Estado de Derecho, Estado Liberal, República, Democracia liberal, etc., todos tienen su germen estatista y por lo mismo tenderán a crecer irremediamente, tornando imposible limitar el poder del Estado. No hay cómo limitar o frenar el poder político que no sea por su desmantelamiento y fin.

Por otro lado, están los liberales clásicos, como Alberto Mansueti, quien propone una serie de reformas liberales que pretenden devolver a las personas y empresas todas las funciones actividades que han sido arrebatadas por el Estado, mediante el cambio de leyes que permitan el normal desarrollo del mercado, la interacción

de los agentes privados y la disminución del Estado a lo concretamente necesario.

Conclusión

Todos los que defienden los ideales de la libertad asumen como peligroso el crecimiento del poder del Estado, y buscan las formas de limitar el mismo, mediante el recorte de su

envergadura o mediante su extinción, para favorecer otro poder, un poder del cual podemos hablar en otro momento, el poder del mercado, el capitalismo competitivo para los pobres, el capitalismo competitivo para todos.



Perro de patio

Christian Canedo

Los hombres nacen con una fuerza que los lleva a desenvolverse a lo largo de su vida, una fuerza que puede desarrollarse, tallarse o mancillarse según las decisiones que se tomen y las condiciones generales en las que superviva. Se constituye en una coraza que lo protege de los embates que le da la vida y es el timón enclenque que lo lleva a los lugares a los que está programado para llegar. Esta fuerza es influida desde los años de la crianza por otros sentimientos y expresiones, algunas en mayor medida que otras, que no se consolidan como una sola a edad alguna, es más, es voluble y se mueve en un espectro relativo a los valores de la persona.

El azar le coloca las señalizaciones a su camino, probando que existe una cantidad infinita de satisfacciones y desgracias, que se encuentran a una distancia tan corta pero tan imprevisible, que lo único a lo que se puede aferrar una persona es a la luz que le brinda para sus adentros su propia humanidad, frágil, quebradiza y corruptible.

Forcejeando con la vida propia y la de los demás, se mueve esta débil bola de carne, creyéndose dueño de sí mismo, pero sabiéndose (muy dentro de sí) inútil ante el menor esfuerzo que el mundo dirija hacia él. Su búsqueda incansable se deposita en el control que tiene o que se promete de las cosas que lo rodean, es como

un perro de patio ladrándole a lo desconocido, eso que resuena más allá de sus barreras y que le estremece.

Tiene ventajas. El azar puede probar ser generoso en ocasiones, además de su astucia, una artera construcción mental innata, mejorada con cada tropiezo, que le ayuda a esquivar a ciegas su destino final, por eso no se cree perro de patio y se disfraza con sus mejores galas, con las que se luce e intenta sorprender a sus pares cuando se presenta la oportunidad. Pronto, pero después de lo que él considera una merecida penitencia, aprovecha una oportunidad o una falla y adquiere cierta autoridad en su mundillo, que lo capacita para desenvolverse y empezar a hacer las cosas “a su manera”.

Investido por su gremio, ahora toma decisiones que solía despreciar, pero esta vez no lo recuerda, pues su criterio lo ha llevado más lejos que los demás y, por ende, existe poco espacio para el error. Inconforme eterno, hedonista, intenta acaparar todo lo que está a su alcance; ahora, le place la dominación y sus noches se vuelven placenteras cuando ve admiración en los ojos de quien lo mira. Lucha por mantener su posición frente a las amenazas, pues siempre hay alguien que le envidia, ese alguien cuyas maneras no halla afines a lo que es aceptable dentro de su panorama.

Empieza a congratularse por sus logros, se jacta de haberse posicionado en la cresta de la ola y, definitivamente, se siente con la capacidad de cambiar las cosas para que le sean lo suficientemente fáciles de sobrellevar, incluso, cuando cree que su propósito es altruista y desinteresado, está pensando en sí mismo.

Pero tarde, o temprano, su naturaleza ególatra lo traiciona. El hecho de haber evolucionado en un mundo tan hostil, solo, individuo desde su auge, le ha brindado el sentimiento más profundo de amor propio, el tenaz instinto de supervivencia, quizás de su especie, pero siempre a través de sí mismo. Por eso siempre camina cerca del abismo egoísta que se abre ante sus pies.

El ocaso llega, y con él la brisa que limpia el polvo que dejó la orgiástica danza terrenal la factura que debe pagar es mayor a lo que esperaba nuestro individuo y su picardía ya no

cautiva a nadie. En este punto, luchar es vano; lo comprende y por eso adopta una postura más sumisa. La posta fue entregada mucho antes, sin que lo sepa, mientras él se ocupaba de cosas más grandes.

Será juzgado y hallado culpable, pues todo hombre es falible, y ahora, perdido su poder y con la nostalgia de ese ramalazo de felicidad que un día tuvo, estará listo para morir, y con él morirá todo lo que construyó con su esfuerzo. El tiempo se encarga de esas cosas. Poco después, será olvidado.

Y así, cerrando un ciclo y abriendo otro, la naturaleza tendrá preparado a otro individuo con fuego en los ojos, listo para correr el mismo destino.

Conviviendo entre monstruos

Mario Mercado Callaú

El hombre no entró en sociedad para hallarse peor de lo que estaba antes, ni disfrutar menores derechos de los que tenía anteriormente, sino con el fin de ver aquellos derechos establecidos y asegurados con mayor firmeza.

Thomas Paine

El poder es una de esas palabras que desata pasiones y miedos entre los mortales. Ha sido objeto de muchos estudios en las diferentes disciplinas del pensamiento. Toda ideología política a lo largo de la historia, por ejemplo, ha hablado del uso y abuso del poder. Es probable que el poder del Estado encuentre más enemigos que cualquier otro, por los abusos en sus diferentes momentos históricos, desde su nacimiento hasta hoy en día. Pero no es el único que recibe críticas. Tanto la ideología marxista, liberal y anarquista, entre otras, han criticado su función dentro de la sociedad de cada época.

Marx creía que la abolición del Estado era necesaria para implantar su ideología. Él manifestaba, dentro de su dialéctica materialista, que la lucha de clases a lo largo de la historia había favorecido a la clase capitalista y el Estado había sido siempre su eterno aliado. En la época de Marx, estaba claro que las “democracias” europeas y las de América del Norte permitieron todo tipo de arbitrariedades y abusos con los más débiles. Por lo tanto, se hace coherente desconfiar de ellas. Del mismo modo, los movimientos nacionalistas en la segunda década del siglo XX no veían en la democracia cambios,

sobre todo entre las clases sociales más débiles. Muchos de los fallos se atribuían a que el Estado siempre favoreció a las clases privilegiadas e incluso a razas que manejaban y controlaban los sistemas políticos de aquellos países.

El racionalista liberal Karl Popper, en medio de la Segunda Guerra Mundial, escribió su libro *La sociedad abierta y sus enemigos*. En esa obra, argumenta sobre el valor de la libertad individual e igualitaria, tratando de desmitificar y refutar todas aquellas ideologías colectivistas basadas en el historicismo desde Heráclito hasta Marx, considerándolas perversas, las cuales habían creado el caldo perfecto para los distintos totalitarismos de aquellos años. Popper creía que el Estado es un mal necesario; sin embargo, la única visión política para poder hacer cambios graduales, a través de ensayo, prueba y error, es la democracia. Las democracias modernas hoy en día siguen estos lineamientos muy importantes para los cambios dentro de nuestra modernidad. Pero aun así estas siguen siendo cuestionables. En Latinoamérica, por ejemplo, luego de las dictaduras de las últimas décadas del siglo pasado, las democracias neoliberales, con sus luces y sombras, mostraron un saqueo terrible por parte de los políticos y de las empresas privadas extranjeras, sobre todo de aquellos recursos naturales que el latinoamericano promedio considera como propios. Con estos argumentos, las reivindicaciones legítimas de las clases más empobrecidas de la región, como indígenas y campesinos, encontrarían el catalizador necesario para la búsqueda de nuevos rumbos de cara a un futuro más inclusivo.

Podemos ver en Bolivia que los caudillos representantes del descontento popular, hábilmente, vulneraron en el año 2003 nuestra endeble democracia y, a partir de ahí, se ejercieron ciertos cambios sociales con una densa niebla totalitaria. El Gobierno actual ha actuado de manera arbitraria en muchas cuestiones, como en la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado, la persecución de opositores políticos sin distinguir sus culpas y la aprobación de un referéndum para la re-reelección, que viola no solo la Constitución, sino un principio democrático como es la alternancia. Otros ejemplos de abuso del poder estatal son los cobros excesivos de impuestos, sobre todo a

aquellos empresarios medianos, pequeños y/o *freelance*, que sienten un asalto a mano armada por parte del Estado boliviano. Estos ven que sus impuestos no retornan en la proporción como son saqueados, haciendo referencia a las condiciones atroces en las que se encuentra el sistema de salud pública, de igual forma a los problemas de inseguridad y, al mismo tiempo, la bajísima calidad que tiene nuestra educación.

Estimo que, por lo anterior, para muchos, se hace sugerente caer en el anarquismo; sin embargo, por lo menos, en mi criterio, no es la mejor opción. Para varios ciudadanos, el problema es la ideología del Gobierno. Las críticas nacen de diversos ideólogos nacionalistas, conservadores y liberales, cuestión que puede tener un grado de verdad hasta cierto punto, pero no del todo. Para ilustrar mejor nuestra postura, debemos decir que, después de la Guerra del Pacífico, se crearon los primeros partidos políticos en Bolivia. Por un lado, el partido conservador y, por el otro, el partido liberal. Lastimosamente, ambos partidos, con visiones distintas, manejaron el poder a su antojo, con muy pocos cambios en pro de la ciudadanía y los individuos. Empero, no hallamos coherente deshacer el pensamiento liberal en Bolivia; más por el contrario, rescatamos de esta ideología el poder ser libres pensadores y poder utilizar eso para dar nuestro argumento. Se entiende que, con el liberalismo, las ciencias y el comercio han crecido considerablemente en los últimos siglos, mejorando mucho nuestra calidad de vida, pero, al mismo tiempo, entendemos que, en caso de no existir un ente de consensos y regulaciones en las distintas partes que tiene un Estado plenamente democrático, pasaremos de ser víctimas del poder público a ser víctimas del poder privado.

La propiedad personal es un efecto de la sociedad; es tan imposible que un individuo adquiera propiedades personales sin ayuda de la sociedad... Separad a un individuo de la sociedad, dadle la posesión de una isla o continente, y no podrá adquirir propiedades personales, no podrá hacerse rico.

Thomas Paine

Según datos de Oxfam Internacional, “casi la mitad de la riqueza mundial está en manos del 1% más rico de la población, y la otra mitad se reparte entre el 99% restante”. Esta información es reveladora respecto a la problemática global de la distribución de la riqueza con el actual régimen económico imperante. Esto tiene más trascendencia con la crisis financiera mundial de 2008, en la que se hizo la mayor transferencia de riqueza desde las bases más bajas de la pirámide, subiendo por el medio hasta llegar a la cúspide, donde la clase media y los pobres fueron los que pagaron por los platos rotos. Es que el poder económico siempre ha sido una de las fuerzas de abuso por excelencia. Para las corrientes libertarias, el Estado ha estado inmiscuido dentro de estos abusos. Pero existen ejemplos de que no siempre fue así.

En la Guerra de los Ochenta Años, en el siglo XVI, que enfrentó a las provincias de los Países Bajos en contra de la casa de Habsburgo, de la monarquía española, se puede ver que la burguesía de estas provincias se constituía en un sistema de total de libre mercado, con progreso en muchos sentidos, hasta ser de esta provincia una de las potencias más fuertes de Europa. El detalle se encuentra en que la poderosa burguesía holandesa no escatimó en conquistar, colonizar y someter a los diferentes pueblos del Noreste de Brasil, las Antillas, el Caribe, la parte septentrional de América del Norte, países de Asia como Taiwán, Oceanía y algunas partes de África. Por tanto, con estos hechos, se cae el argumento de que las colonias han sido solo impulsadas por los Estados.

Por otra parte, economistas como Murray Rothbard, el padre del anarcocapitalismo, parece haber puesto de moda sus ideas económicas a través de un radicalismo individualista. Las teorías económicas de Rothbard se ven influidas, entre otros, por economistas como Adam Smith y Ludwig von Mises. Desde el punto de vista filosófico, encontramos a un individualista como Max Stirner, del siglo XIX, hasta el objetivismo filosófico de Ayn Rand, contemporáneo a Rothbard. Entre algunas de sus frases más conocidas y destacadas por sus dogmáticos seguidores se encuentra ésta: “El capitalismo es la máxima expresión del anarquismo y el anarquismo es la máxima expresión

del capitalismo”. Está claro que, para el dueño de capitales, puede ser cierta esta frase, pero qué hay con un trabajador promedio. Por ejemplo, un joven que vive en el campo y que estudió algunos pocos cursos del ciclo básico, y que a la edad de 17 años empieza a trabajar para una empresa cualquiera agrícola o ganadera. Primeramente, lo hará *chafreando*; después, con el paso del tiempo, poco a poco, operará diferentes máquinas agrícolas. Un sueldo promedio de inicio es de Bs 1700 y, al cabo de 35 años de trabajo, no podrá ganar más de dos o tres veces su salario inicial. Esto por las propias reglas del mercado. Se debe tomar en cuenta que, con el paso del tiempo, esta persona estará sometida a su baja educación y al crecimiento de su propia familia no planificada y vivirá preso de un salario por su necesidad. Si aplicáramos las teorías de Rothbard, este trabajador dejaría de pagar impuestos y los productos que consume también tendrían un menor costo por la pérdida de tales impuestos. No obstante, al mismo tiempo, este operario gastaría y pagaría más que cualquier trabajador de la ciudad; esto por el costo del traslado de dichos productos hasta su lugar más cercano de abastecimiento. Al mismo tiempo, no recibiría ningún tipo de beneficios sociales, y un empresario cualquiera no sería para nada responsable de él en caso de algún accidente (algo muy común en el siglo XIX, en plena Revolución Industrial). Además, no se le pagará por su antigüedad bonos, primas, quinquenios, aguinaldos y, si el empresario quisiera desligarse de él por cualquier motivo (incluyendo su vejez), lo haría sin ningún problema. ¿Cuál sería el anarquismo de ese trabajador en un sistema capitalista de *laissez faire*?

En un sistema económico planteado como el de Rothbard está claro que la economía del rebalse beneficiará solo a la cúspide de la pirámide de Maslow, mientras que sus bases quedarán más empobrecidas y, más aun, sin la defensa de un espacio democrático donde se pueda buscar consensos, ya que esta teoría plantea deshacerse de cualquier sistema estatal. Por otra parte, Rothbard sostiene que solo los individuos existen, piensan sienten y actúan; en consecuencia, la sociedad no es una entidad viviente y solo es un nombre dado a un grupo de individuos en acción. Pero las contradicciones saltan cuando

observamos que no solo los individuos mueven la economía, sino las empresas jurídicamente constituidas y que pueden estar constituidas en sociedades de distintos tipos, y que toman decisiones en conjunto. Otra contradicción que podemos hallar es cuando hablamos del sistema migratorio. Para los seguidores de la ideología rothbardiana, si un individuo viaja, no tendría ya que usar pasaportes. Pero se sostiene que las naciones “libres” deben actuar analizando a quienes dejan pasar a sus fronteras, como cuando una persona invita a alguien a su casa; por tanto, surge la importancia colectivista de los integrantes de la “nación libre” para decidir si se deja pasar o no a un individuo que vive, piensa y siente. En consecuencia, vemos las distintas contradicciones que genera esta ideología.

Por otra parte, muchos fieles de estas doctrinas anarcocapitalistas aseguran que los países con mayor libertad económica están mejor desarrollados que aquellos que no lo tienen. En esta parte, aseguramos que efectivamente es así, pero hay que estudiar algunos ejemplos para ver qué tipo de libertad tienen. Singapur, la segunda economía más libre del mundo, mantiene las siguientes políticas para su crecimiento y desarrollo económico, según Joseph Stiglitz, nobel de Economía:

Creación de un “Fondo Previsor” de carácter obligatorio. Todos los trabajadores han de alimentar dicho fondo con el 36% de su sueldo. La finalidad de la cantidad recaudada es cubrir gastos de seguro de salud, vivienda y jubilación. Mediante esta vía, el Estado exige a sus ciudadanos que asuman la responsabilidad de atender sus propias necesidades, tanto presentes como futuras.

Desarrollo de programas de gobierno, universales pero progresivos, cuyo objetivo es lograr que los individuos con mayores recursos contribuyan más al desarrollo social que aquellos cuyos medios de supervivencia son escasos.

Intervención del gobierno en la distribución del ingreso antes de impuestos, mediante la aplicación de una normativa que inclina la balanza hacia los grupos de menor poder económico y de influencia.

Inversión fuerte en educación e investigación. El gobierno busca que sus ciudadanos disfruten

del acceso a un sistema educativo de calidad en todos los niveles, independientemente de la situación económica en la que se encuentren. Además, promueve la investigación científica y los estudios en universidades extranjeras, y se asegura el retorno de los estudiantes enviados al exterior a ampliar sus conocimientos y desarrollar sus capacidades.

Estas políticas estatales, dispuestas estratégicamente y planificadas por el Estado de Singapur, se han venido dando desde 1963, haciendo de este pequeño país uno de los más desarrollados del mundo.

Por otra parte, en el caso chileno, la séptima economía más libre del mundo y la primera en América Latina, se pueden mostrar algunas divergencias con lo predicado por los apologistas del *laissez faire*. Después del golpe de Pinochet en el año 1973, las teorías económicas de la Escuela de Chicago serían puestas a prueba con resultados positivos en muchos casos y en otros, muy negativos. A pesar de ello, el Estado chileno ha mantenido a una empresa estatal como la Corporación Nacional del Cobre de Chile (Codelco), dedicada a la explotación minera cuprífera, rubro en el que es la mayor compañía del planeta. Codelco es el productor de cobre más grande del mundo y la empresa que contribuye más a la economía chilena. Durante el año 2015, su cifra de producción alcanzó el récord histórico que representa un 10% de la producción mundial y un 33% de la producción chilena. Pero, por otro lado, las doctrinas económicas de la escuela de Chicago han calado fuertemente en la desigualdad de aquel país. El año 2014, la OCDE Society at a Glance declaró a Chile como el país con mayor desigualdad social en el mundo. Por tal motivo, podemos advertir que aquellas manifestaciones realizadas por los estudiantes chilenos de secundaria y universitarios, en contra del sistema educativo implantado por la dictadura, tienen una fuerte razón de ser. Las manifestaciones estudiantiles que comenzaron en el 2006 culminarían con la aprobación de un proyecto de ley a finales de 2015 para establecer que la educación superior sea gratuita desde este año 2016.

Lo que tratamos de destacar con esos ejemplos es que aun los países con sistemas económicos

más libres tienen que hacer prueba y error, para tener una mejor planificación y estrategias de acuerdo con su realidad, para que puedan beneficiar a todos los individuos que componen esa sociedad, en procura de una mejor convivencia. Por eso es que teorías económicas basadas en “filosofías” radicales como las de Ayn Rand, que destaca el egoísmo virtuoso (un egoísmo sin ego), formulan soluciones racionales, destacando aspectos propios de la naturaleza humana, pero omitiendo otros. Así, se conformarían teorías nefastas para la convivencia del siglo XXI. Vale la pena destacar lo que dice el científico y filósofo Mario Bunge sobre el pensamiento de Ayn Rand en una conferencia en la Universidad de la Plata, dada en noviembre de 2010: “Ayn Rand es una seudofilósofa. Ayn Rand es un personaje siniestro, pero era realista en la teoría del conocimiento, materialista en la ontología, y fascista en filosofía política. Tuvo bastante influencia; su discípulo predilecto fue Alan Greenspan, que fue presidente del banco central director de la FED. Y, justamente cuando ocurrió el descalabro financiero el 2008, Alan Greenspan dijo y declaró en los periódicos que le llamaba mucho la atención la estupidez de los banqueros norteamericanos, ‘tendría que haberse incluido el mismo’. Porque dice, de acuerdo con el egoísmo racional que él había aprendido de Ayn Rand, su mentora, que ellos tendrían que haberse comportado de manera tal que maximizaran sus utilidades y no quisieron. Bueno, no es una filósofa, pero como digo ha sido un personaje siniestro, enormemente popular, sus libros que, para mí, son un pop, especialmente *Atlas Shrugged*, que tiene como mil páginas, pesadísimo mal escrito, pero son muy populares entre el establishment”.

Siguiendo lo expuesto por Mario Bunge, está claro que aquellos grupos que ostentan el poder económico, haciendo lobbies a los gobiernos, pagando campañas políticas a los distintos partidos, son los mismos que gritan ¡laissez faire!, y pregonan las ideas libertarias o anarcocapitalistas. Directivos de corporaciones multimillonarias como Kenneth Lay y Jeff Skilling, de la empresa Enron, pregonaban sobre los mercados libres, creyendo que el egoísmo, orgullo y codicia eran elementos vitales para el desarrollo de la economía. Este caso es un precedente junto

a muchos otros sobre lo utópico y nefasto que pueden los dogmatismos de cualquier teoría u ideología sin la comprobación científica o, al menos, la utilización del sentido común.

Por eso vemos que el anarcocapitalismo planteado por Rothbard es tan utópico como el marxismo ortodoxo, debido a que ambos dogmas cuasi-religiosos niegan u omiten distintas partes de la naturaleza humana. Por cierto, muchas de ellas han sido descubiertas por la ciencia en los últimos decenios. Mario Bunge destaca la crítica en una entrevista por el diario *El País*, el 2 de mayo de 2014: “Primero, se han reducido en casi todas partes los fondos para la investigación y, segundo, hay una crisis ideológica y hoy la ciencia asusta tanto a la izquierda como a la derecha”.

Por tal motivo me declaro en contra de ideologías radicales, tanto colectivistas como individualistas, aquellas que defiende la empatía extrema radical y aquellas que apelan por la *necropolítica* (palabra empleada por Clara Valverde).

Resalto que incluso el nobel de Economía Milton Friedman no veía con buenos ojos un mundo totalmente privatizado: “Lo único que no privatizaría son las fuerzas armadas, los tribunales y algunas carreteras y autopistas”. Sin embargo, al parecer, la Guerra de Irak ha sido uno de los conflictos más privatizados de la historia. En 1991, por cada cien soldados había un contratista militar (soldados privados o mercenarios); en 2003, por cada 100 soldados había 10 contratistas; para 2006, había 33 contratistas; y, en 2007, por cada cien soldados había 70 contratistas; por último, a fines de 2007 había más contratistas que soldados americanos, siendo la empresa Blackwater una de las más beneficiadas. Esto según los datos recogidos por la periodista Naomi Klein.

Solo imaginemos un mundo de desigualdades cada vez más extremas donde todo se encuentre privatizado. Es innegable que algunos podrán pagar y comprar muchas cosas, entre ellas ejércitos, y otros apenas podrán sobrevivir. Así, quedaría más que confirmado el viejo adagio que dice que “quien tiene el oro pone las reglas”. Es cierto que los antiestatistas apelan a la regulación con instituciones privadas. Pero

¿Acaso estas no son vulnerables a la corrupción? ¿No son vulnerables a los lobbies? ¿Acaso no se pueden formar grupos de poderes privados, logias, etc.? Instituciones privadas y deportivas como la FIFA son un ejemplo de que estas son tan falibles a la corrupción como cualquier organización pública.

Por eso vemos al capitalismo como una herramienta y no como un fin, siendo perfectamente compatible con un sistema democrático pleno de consensos para el desarrollo individual y colectivo de las distintas naciones, con sus

distintas realidades. En ese sentido, encuentro en la democracia el medio para quitar poder a los gobernantes y su fuerza estatista. Al mismo tiempo, vemos en ella una mesa de diálogo que ponga las reglas claras para el desarrollo del capitalismo, tomado en cuenta los nuevos desafíos y paradigmas planteados en los distintos temas que preocupan a la población mundial, tanto en medio ambiente como en sobrellevar una economía de sostenibilidad de cara al futuro.

Tratado del Poder

Roberto Barbery Anaya

El Poder, como fenómeno político, tiene origen en la capacidad de elaborar una hipótesis más o menos arbitraria, proyectarla sin análisis riguroso como “La Verdad”, y lograr reunir en torno a ella una colectividad sumisa, mayor o menor, como ejército gregario de “feligreses” o de “militantes”, a los que se denomina pretenciosamente “el motor de la Historia”. Y para el caso, las sucursales no importan: al final, la Política es una forma de Religión y la Religión es una forma de Política; se trata de especies del mismo género: El Poder, en efecto...

Convertida “La Verdad” en dogma de fe, el paso siguiente es la conquista del “Todo”; es decir, la cicutu griega, los linchamientos comunitarios, las inquisiciones medievales o las persecuciones modernas, contra el que piensa distinto –en realidad, contra el que simplemente piensa, claro... Contra el “hereje” o contra el “reaccionario”, para decirlo en términos coloquiales...

Eso es Todo.



La impotencia de la razón

María Claudia Salazar Oroza

Quiero saber si puedo vivir con lo que sé y con eso solamente. Me dicen también que la inteligencia debe aquí sacrificar su orgullo y la razón debe inclinarse. Pero si reconozco los límites de la razón no la niego por ello, pues reconozco sus poderes relativos.

Albert Camus

Uno de los dichos más repetidos afirma que “el conocimiento es poder”; lamentablemente, esto no es cierto. En su libro *Pensamiento sociológico*, Zigmunt Baumann manifiesta que “el poder de la comprensión no basta para enfrentar las presiones de la coerción que acompañan al resignado y sumiso sentido común”. Sucede que un buen entendimiento, una cabal comprensión o una justa interpretación no son armas suficientes para que aquel que siente alguna aspiración u opresión logre desestabilizar un sistema, sus relaciones o, por más pequeño que sea, un eslabón de la cadena, peor todavía si ni siquiera puede apelar al decoro o la vergüenza ajenas en dichas situaciones. Por consiguiente, esa potencia no siempre muestra su efectividad.

Si bien el conocimiento no resulta suficiente para el empoderamiento, es, en cambio, imprescindible para nosotros. Esto lo encontraríamos en dos aristas importantes: elección y dominación. En cuanto al primer concepto, lo entendemos como la capacidad de ver qué posibilidades existen. Respecto a la dominación, podemos presentarla como la capacidad de controlar los recursos con los cuales llegamos a concretar la alternativa que visualizamos. Naturalmente, identificar alternativas no es nada sencillo: tiene que ver con el conocimiento del entorno, las propias vivencias, el establecimiento de relaciones y la capacidad del hombre de descubrir formas y caminos nuevos. Se trata, pues, de una labor compleja. Sin embargo, los métodos de pensamiento como el conocido *pensamiento lateral* han efectuado muchos estudios al respecto, generando también innumerables textos y recomendaciones. Por cierto, una de las sugerencias más corrientes en esta clase

de literatura es “deshágase de sus prejuicios”, pues éstos contribuyen al statu quo actual, a no romper esquemas y hallar nuevas posibilidades. Así tenemos innumerables juegos y técnicas para estimularnos hasta el cansancio. Porque los valores están relacionados con los prejuicios, y esto se evidencia al considerar o desechar alternativas. Podemos creer que en este momento pensamos diferente, pero sorprendernos actuando bajo la directriz de los antiguos valores, los mismos que no le corresponderían a nuestro nuevo sistema de pensamiento.

Por otro lado, cabe preguntarse qué sería el hombre sin sus aspiraciones, las mismas que influyen en las intenciones que tenemos en determinadas circunstancias, y en qué alternativas serán las que consideraremos y asumamos. De esta manera, la dominación no solo tiene que ver con aspectos tangibles, como, por ejemplo, cuánto dinero hay en la cuenta o la importancia de los edificios o materiales que poseemos, incluso la cantidad de personas que sigan la idea, sino con los valores, las habilidades, las destrezas, las debilidades y actitudes de cada quien. Baumann pondera los recursos que tenemos disponibles para concretar nuestras metas, los valores que hemos internalizado, los que serán el marco de actuación en las políticas y directrices de cualquier plan que desee ejecutar. Por su parte, Kant enunciaba que una máxima universal es considerar a los otros como un fin en sí mismo, y no como un medio, mas lo habitual es observar lo contrario: el Otro es solo un medio, y uno temporal y desechable que cobra vida por sus aspectos favorables a nuestras ambiciones; luego, desaparecerá, será materia inerte. En estas condiciones es que los poderosos suelen deshumanizarse: ante la pér-

dida de poder o la posibilidad de acrecentarlo, es necesario que se desprendan de los límites que nos imponen respetar y ser considerados con el prójimo, aquello que nos impele a aplicarnos más para dignamente tratar de conseguir mejores escenarios, esforzarnos creativa e ingeniosamente y buscar caminos que no estén corrompidos, etc.

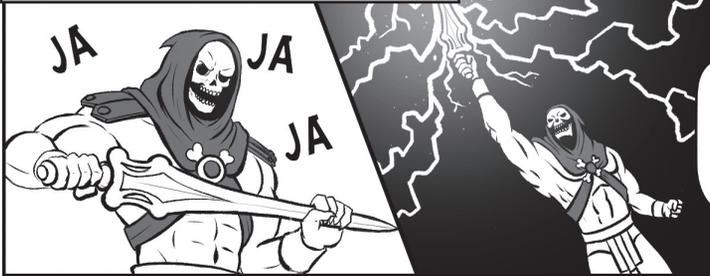
En el marco anteriormente descrito, la fuente de poder más viva y caudalosa son los impotentes, los que cuentan con pocas o casi ninguna posibilidad: el mejor impulso suele obtenerse en los callejones sin salida. El que siente la carencia de posibilidades para revertir su situación, o mejorar, puede ser más propenso a no cuestionar, ni siquiera a preguntar cuál es el fin o el objetivo, sino que es seducido por los medios que domina el poderoso y de los que puede hacer uso; mientras el fin tenga apariencia de aceptable, queda más que conforme. Al respecto, es pertinente recordar que Max Horkheimer, en su libro *Crítica a la razón instrumental*, plasmó lo siguiente: “Cuánto más pierde su fuerza el concepto de razón, tanto más fácilmente queda a merced de manejos ideológicos y de la difusión de las mentiras más descaradas... intereses creados, opuestos a los valores tradicionales humanitarios, suelen respaldarse, en nombre del ‘sano sentido común’, en la razón impotente, neutralizada”. Es que la

razón instrumental es una condición favorable para dominar mejor a los impotentes, y más a los que están convencidos de que tienen tal condición. No es insignificante la inversión en marketing y publicidad destinada a convencer a otros de que lo son y ofertar soluciones en forma de productos, servicios, regímenes de gobierno y otros. En los hombres, la impotencia de actuar trae consigo la inhabilitación de su reflexión, evitando gustosamente pensar, de modo detenido, en los objetivos y fines con el propósito de sacar sus propias conclusiones. Su inteligencia humana está concentrada en trabajar sobre los medios para identificarlos con la mayor precisión posible y poder dominar los recursos que le sean más convenientes.

Así, en ese escenario, lo que resta es el espectáculo y las frivolidades, el aplauso y las ovaciones a las imposturas. Lo que se pierde es preocupante. Ocurre que, por efecto de lo anterior, desaparecen, en su sentido más profundo, los términos que se han ido construyendo históricamente, con sesos y sangre, para tener un marco común que posibilite una convivencia más humanitaria, en la que las elecciones sean libres y las dominaciones, jamás indignantes.



AL PRINCIPIO, POR RAZONES QUE NADIE PUEDE EXPLICARSE AÚN, SKELETOR OBTUVO EL PODER



LUEGO SE CREÓ EL MINISTERIO DE LA VERDAD...

¡NUESTRO NOBLE REGIDOR SKELETOR NO SERÁ DIFAMADO NUEVAMENTE!

NUESTRA TRANSPARENTE OFICINA LES MOSTRARÁ LA VERDAD SOBRE HE-MAN Y SUS CONSPIRADORES, ENEMIGOS DEL PUEBLO Y AGENTES DEL IMPERIO.



MERMAN: MINISTRO DE LA DICTADURA

DESACREDITARON A SUS ENEMIGOS...

DIAGRAMA DE CONSPIRACIÓN



COMO PUEDEN VER, ESTE DIAGRAMA ES PRUEBA IRREFUTABLE DE QUE LOS "AMOS DEL UNIVERSO" HAN CONSPIRADO DURANTE AÑOS CON TODAS LAS FUERZAS DEL MAL EN ESTE Y OTROS UNIVERSOS, Y SERÁN PROCESADOS POR SUS ACTOS TERRORISTAS.



HOMBRE-BESTIA: MINISTRO DE JUSTICIA

CONDENARON A SUS DETRACTORES...

SORCERESS ES DETENIDA POR SOSPECHA DE AUTOATENTADO MÁGICO EN EL CASTILLO GRAYSKULL.



21-9820 SR

TEELA ES ENJUICIADA POR DENUNCIAS ANÓNIMAS DE CORRUPCIÓN EN LA GUARDIA REAL.



105-3120QA

MAN-AT-ARMS ES PROCESADO POR DESACATO DE LA LEY CONTRA LA DISCRIMINACIÓN.



365-31 20 HX

HISSES... MAN-AT-ARMS USÓ EL EPÍTETO RACIAL "VÍBORA" PARA REFERIRSE A NUESTRA NOBLE RAZA-PROFESIÓN... HISSES...



HOMBRE-SERPIENTE: ABOGADO DE SKELETOR

DISCULPARON SUS ACCIONES...

YO NO TUVE RELACIONES INAPROPIADAS CON ESTA HECHICERA.



SKELETOR, MAGNÁNIMO REGIDOR DE ETERNIA

CELEBRARON LO INÚTIL

HEMOS TERMINADO LA REMODELACIÓN DEL CASTILLO DE GRAYSKULL PARA SERVIR COMO ESTADIO DE ETERNIA-BALL... ¿QUÉIN NECESITA BIBLIOTECAS?



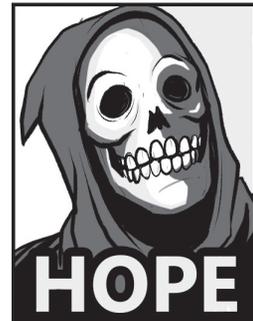
TRAP-JOE: MINISTRO DE CULTURA

SILENCIARON AL DISCONFORME...

¡POLICÍA DE COMUNICACIÓN! ¡¡¡DETENGA INMEDIATAMENTE SUS COMENTARIOS ILEGALES EN LAS REDES MÁGICAS!!!



VERÁ USTED, ESTIMADO LECTOR, SKELETOR ES ÁSTUTO, EL SABE QUE, CUANDO EL PUEBLO ES IMBÉCIL, QUIEN TIENE EL PODER TAMBIÉN TIENE LA VERDAD.



HOPE